

SS

SERVICIO SECRETO

PETER DEBRY

LOS DIABLOS DEL ARTICO

El más norteño de los Estados norteamericanos, el estado de Michigan, es conocido universalmente por dos características: sus grandes lagos y sus cadenas.

En la ciudad de Detroit, del Michigan, funcionó la primera cadena en la fábrica de Henry Ford. El esqueleto del coche se colocaba al extremo de la larga correa rodante, y a medida que avanzaba, una doble hilera de obreros, a cada lado, colocaba piezas. Siempre las mismas piezas, logrando así la perfección absoluta y la mayor rapidez. Al término de la correa, un mecánico se hacía cargo del volante del coche ya terminado.

Después siguieron las fábricas Pontiac, Cadillac, Lasalle… Y por los elevados salarios que pagaban, las ciudades del Michigan, antiguo estado de leñadores y cazadores de pieles, se fue convirtiendo en la sede de los mecánicos mejor pagados del mundo.

Mecánicos que todos los sábados por la noche llenaban el primer piso circular de la sala Boxcatch, donde a las diez empezaban los combates mixtos.

En el *ring* se alternaban boxeadores y catchers, escogidos no entre los de fama de científicos, sino entre los rudos, los batalladores.

Y no eran precisamente los mecánicos, capataces, listeros ni choferes del primer piso los que más primitivamente aullaban según, el desarrollo de les combates, sino que en las butacas de *ring*, muchas damitas delicadas soltaban de pronto todos los frenos sociales, y se mostraban tal cual eran.



Peter Debry

Los diablos del Ártico

Bolsilibros: Servicio Secreto - 28

ePub r1.0
jala y xico_weno 03.07.17

Título original: *Los diablos del Ártico*
Peter Debry, 1951

Editores digitales: jala y xico_weno
ePub base r1.2





PETER DEBRY

Los diablos del Ártico

1ª. EDICIÓN
FEBRERO - 1951

EDITORIAL BRUGUERA
Proyecto, 2-T. 284453

BARCELONA (6)

LOS DIABLOS DEL ARTICO

por

PETER DEBRY



CAPÍTULO PRIMERO

EL ÚLTIMO ASALTO

El más norteño de los Estados norteamericanos, el estado de Michigan, es conocido universalmente por dos características: sus grandes lagos y sus «cadenas».

En la ciudad de Detroit, del Michigan, funcionó la primera cadena en la fábrica de Henry Ford. El esqueleto del coche se colocaba al extremo de la larga correa rodante, y a medida que avanzaba, una doble hilera de obreros, a cada lado, colocaba piezas. Siempre las mismas piezas, logrando así la perfección absoluta y la mayor rapidez. Al término de la correa, un mecánico se hacía cargo del volante del coche ya terminado.

Después siguieron las fábricas Pontiac, Cadillac, Lasalle… Y por los elevados salarios que pagaban, las ciudades del Michigan, antiguo estado de leñadores y cazadores de pieles, se fue convirtiendo en la sede de los mecánicos mejor pagados del mundo.

Mecánicos que todos los sábados por la noche llenaban el primer piso circular de la sala «Boxcatch», donde a las diez empezaban los combates mixtos.

En el *ring* se alternaban boxeadores y *catchers*, escogidos no entre los de fama de científicos, sino entre los «rudos», los batalladores.

Y no eran precisamente los mecánicos, capataces, listeros ni choferes del primer piso los que más primitivamente aullaban según, el desarrollo de les combates, sino que en las butacas de *ring*, muchas damitas delicadas soltaban de pronto todos los frenos sociales, y se mostraban tal cual eran.

El viernes anterior, un periodista llamado Igor Derval, que con precisión de relojero entregaba cada tres semanas una novela rosa a su editor, había escrito un artículo comentando la trampa de la lucha libre y satirizando al público de *ring*.

Al día siguiente, Igor Derval había sido invitado a moderar su íntimo humorismo, si quería continuar viviendo en Detroit…

El artículo era expresivo y lapidario. El titular decía:

HE VISTO EN EL «BOXCATCH» PALPITAR
PRIMITIVAMENTE LOS MAS BELLOS
Y FEMENINOS ROSTROS DE NUESTRA
«*ARISTOCRACIA*».

«El deporte de agarra como puedas tiene doble sentido. Define, primero, a los trogloditas con pantalón corto de mil colores que se agarran como pueden o como les han dicho, entre cuerdas, y bajo el blanco acero de los focos.

»La máxima es: "Aplasta, apisona, rompe, mastica, descuartiza, noquea, mata, y la victoria es tuya, camarada".

»Después, el agarra como puedas define a los organizadores, que son los amos del arte de agarrar los bolsillos de los espectadores. Saben combinar los combates de forma que el público alternativamente ría, grite, aúlle, patee y sude.

»En el ring suben los comediantes de turno. El elegante y apuesto luchador de la capa de seda, "el bueno", y el feroz achaparrado y vulgar, "el villano", "el inmundo bruto maligno y cobarde".

»Pero el espectáculo no está en el ring, está en la sala. ¡Qué gran "film" se hubiese podido rodar con todos aquellos rostros tensos, congestionados, crispados, iluminados por luz de selva! ¿Ellos? No, no… Ellas. Las suaves, las dulces Evas, daban, taconazos, se estremecían, mordían sus pañuelos, y emitían chillidos de gatas a

quienes estuvieran pisando el rabo. Hice una deducción: la mujer merecedora de tal nombre, va una vez y no vuelve. Si va, desvía los ojos, asustada, asqueada.

»Tenía por vecina a una mujer de verdad, que continuamente suplicaba a su marido que se fueran. Pero el marido reía, contestando: »No seas niña. Todo esto es comedia… ¡Duro, Flash, rómpele los riñones!… ¡Mátalo a este cerdo! Pues sí, niña… Antes de subir al ring, el empresario les distribuye los papeles: «Tú, Flash, serás el vengador; tú, Jerry, el repugnante traidor…». Dale duro, Flash, acaba con él…

«Una elegantísima jamona se olvidó de su capa de armiño para chillar entusiasmada: "¡Bravo, Flash; revienta a este hombre de las cavernas!". Al pobre Jerry Palmer le toca siempre ser el hombre de las cavernas.

»A la salida, terminado el delicadísimo espectáculo, el altavoz de la redacción del cercano periódico pregonaba muy fuerte que los señores Truman y Mac Arthur, en su reciente entrevista de Corea han decidido defender hasta el final nuestra civilización».

Igor Derval, el viernes siguiente, recibió una visita. Era el luchador Jerry Palmer, «el hombre de las cavernas».

Ancho, no muy alto, de rostro siniestro, Jerry Palmer disfrutaba de fama de traicionero, agresivo y malas pulgas. Apenas el escritor le abrió la puerta, Jerry Palmer apoyó en el pecho de su visitado un índice grueso y tenso, empujándolo hacia el interior del cuarto, y cerrando con un taconazo la puerta.

—¿Listo, no? —Gruñó ferozmente—. Usted es el listo Igor Derval, ¿no?

—¡Hola, Palmer! Recuerde que yo represento el poder de la prensa, y si me manda al hospital habrá terminado su carrera de hombre malo.

—Escuche, plumífero… Me envía el empresario para rogarle que no escriba más artículos sobre nosotros. Si hay trampa o no la hay, ¿a usted qué… mil cáscaras le importa?

—Puede afirmarle al empresario que ya no he de escribir más sus acrobacias de circo.

Jerry Palmer se echó hacia atrás el sombrero fieltro. Tiró sobre la mesa un paquete cuadrado que sacó del interior del sombrero.

—Ahí van mil dólares, periodista, y en su artículo de mañana dirá usted que nos pegamos de verdad. Yo esta noche vuelvo a combatir en revancha con *Flash* Barker. ¿De acuerdo?

—Hombre, yo vivo de la máquina de escribir. Tanto me da escribir novelas rosas como propaganda farmacéutica en poesía. Esté seguro que mañana le gustará mi artículo.

Pero Jerry Palmer no había de leer el artículo de Igor Derval, porque aquella noche verificaba su último combate de lucha libre…

El empresario director de la «*troupe*» formada por los boxeadores y luchadores, reunió en el gimnasio de la sala a sus asalariados.

—Esta noche hemos, de poner la cosa, al rojo vivo, muchachos. Tiene que «ir» de veras. Que el público se dé cuenta que os zurráis de verdad.

A cada pareja de adversarios próximos les dictó sus instrucciones. Quedó, por fin, sólo con *Flash* Barker, el de la capa, y Jerry Palmer.

—Vosotros seréis los del último combate. Tú has ganado dos veces, *Flash*, y tú has obtenido un nulo, Palmer. Esta noche que gane el que más pueda. Como a los otros os digo lo mismo. El que pase una temporada de clínica recibirá doble paga. Y si hay lesión seria cobraréis el seguro.

En el vestuario, mientras el penúltimo combate se desarrollaba, *Flash* Barker, que se calzaba los zapatos flexibles, tocó con el codo a, Jerry Palmer, que, sentado a su lado, se ajustaba los suyos.

—Oye, Jerry, ¿qué plan llevas?

—Darme gusto —refunfuñó Palmer.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que digo.

—Vaya… Está claro. Quieres zumbarme fuerte, para desquitarte.

—¿No eres tú el guapo? ¿No eres el que a cada sesión haces reír a la gente cuando me agarras el cuello entre los muslos y me haces chocar el cráneo contra el suelo? Pues bien, guapo, esta noche veremos si de verdad me puedes.

Flash Barker gruñó:

—Mira que a lo mejor te rompo un hueso, Jerry.

—Procura hacerlo pronto, porque yo pienso deshacerte el físico.

El público acogió con grandes aplausos al apolíneo Barker, y silbó furioso cuando Jerry Palmer en su rincón, sin saludar, se despojó de su bata negra.

Se dieron la mano delante del árbitro, que no podía prever mientras, recitaba las eternas palabras rutinarias, que iba a ser el asustado mediador en una lucha a muerte…

Sonó el gong, y cada luchador soltó las cuerdas, dando presta media vuelta enfrentándose. Con las manos engarfiadas, y la cabeza baja, Jerry Palmer personificaba la fuerza bruta.

Flash Barker era la agilidad forzuda, elegante y simpática. Giró felinamente en rededor de su adversario, haciéndolo sobre la punta de los pies.

Muchos suspiros partieron de femeninos bustos…

Súbitamente chocaron los dos pechos masculinos sobre el *ring*. Jerry Palmer consiguió aferrar por el cuello a su contrincante…

El árbitro pegó grandes palmadas en el hombro de Palmer, y le costó mucho trabajo a Barker desasirse de la presa.

Subió el *speaker*, que dramáticamente señaló en su rincón a Palmer.

—¡Primera amonestación pública al luchador Jerry Palmer!

Una lluvia de cacahuetes acribilló el *ring* por el rincón de Palmer. Se reanudó la lucha.

Al terminar el cuarto asalto, Jerry Palmer y *Flash* Barker habían sido amonestados cada uno dos veces. Salvo pena de ser descalificados, debían ahora luchar «legalmente».

Flash Barker tenía una ceja abierta, la nariz rota, y un mordisco marcado en el muslo derecho.

Jerry Palmer ostentaba una oreja medio despegada, los labios agrietados, y cada descanso, su cuidador se veía y deseaba para contenerle la hemorragia nasal soplándole al oído.

—No seas bestia, Jerry. Os vais a matar. Ya está bien… Dice el jefe que os lo toméis con calma este último asalto.

Sonó el gong, y la voz del *speaker* se hizo engolada anunciando:

—¡Quinto y último asalto!

Era costumbre que antes de iniciar la pelea los luchadores en el último asalto se dieran la mano. Tendió la suya Palmer…, y

entonces Barker, irritado, cometió la imprudencia que había de costarle caro.

Miró la mano tendida, escupió despreciativo, y dijo fuertemente:

—¡No doy la mano a feos gorilas!

Las primeras filas de espectadoras rieron, como si se tratase de un chiste muy ingenioso. Jerry Palmer reculó como un toro que ve una muleta ondear.

Saltó, embistiendo, y su cabeza chocó contra el pecho de Barker, que cayó algo mareado. Y entonces, por espacio de unos segundos, Jerry Palmer se convirtió en una furia.

Sus ojos bizquearon estrábicos, y montado encima de Barker empezó a martillearle flancos, cuello y cara a manotazos…

Flash Barker levantó una rodilla, consiguiendo zafarse de la presa. En pie ambos volvieron a acometerse prodigando todos los recursos en que eran maestros.

El público en pie chillaba, excitado… El árbitro, cada vez que trataba de intervenir, era expulsado contra las cuerdas…

De pronto, *Flash* Barker quiso chillar, pero sólo un estertor brotó de su garganta. Se inclinó hacia atrás, cayendo pesadamente, cuando Jerry, Palmer abrió las manos y le soltó el cuello, dejando de apretarle con la rodilla contra el pecho.

Un absoluto silencio siguió, mientras el árbitro, pálido, empezaba a contar sobre el cuerpo inmóvil del luchador Barker.

De la primera fila un hombre gritó:

—¡Soy médico! ¡*Flash* Barker está muerto! ¡Estrangulado y rota la columna vertebral!…

El árbitro, de rodillas, puso el oído sobre el pecho de Barker. Lentamente, muy lívido, miró a Jerry Palmer.

—¡Linchadlo! —gritó una voz.

Jerry Palmer, en aquel silencio circundante, quebrado por la voz del médico, primero, y la del que reclamaba la ley del Lynch, comprendió que iba a ser despedazado.

Dio un salto y cayó fuera, del cuadrilátero. Empuñó una silla, agitándola, por encima de su cabeza en giros amenazadores.

Prudentemente, el miedo venció al furor popular.

—¡A él! ¡Linchadlo!

Pero ya Jerry Palmer había llegado a la puerta de salida del público. Echó a correr, porque como un alud humano, como una ola

de encrespada masa, el público se abalanzaba a la calle en pos del luchador.

Jerry Palmer dirigióse rectamente a un automóvil, cuyo chófer le miró atónito… antes de recibir el puñetazo que le desvaneció.

Al volante, Jerry Palmer, antiguo mecánico de la fábrica Ford, contempló el marcador de millas mientras el Pontiac devoraba asfalto…

Iba vestido solamente con su pantalón, de lucha. Quería llegar cuanto antes a Port Huron, al borde del gran lago, donde pasaría al Canadá.

Tenía la idea de que había roto la silla sobre algún cráneo de espectador… Y Barker, muerto… Tenía que huir…

Por el parabrisas que había entreabierto penetraba un aire cortante que iba despejando su cerebro. Conducía agarrotadas las manos, nerviosamente, tratando de imaginar el medio más eficaz de poder pasar al Canadá sin ser apresado.

Estaba ya en la recta que conducía a la ciudad de Port Huron, al borde del inmenso lago, y súbitamente recordó la oferta que meses antes le había hecho César Gardini, el ex luchador convertido en traficante sospechoso.

Oía las palabras como si Gardini estuviera a su lado:

«Eres poco ambicioso, Jerry, deslomándote para ir comiendo. A tipos decididos les puedo yo dar una gran ocasión de ganar mucho con pocos riesgos, que para eso tengo yo la inteligencia. Recuérdalo, Jerry, por si te cansas de los trompazos. Siempre encontrarás un amigo seguro en cualquier día y hora. Bastará que te llegues al parador llamado “Tiptoe”, en Port Huron».

¡Allí estaba su salvación! César Gardini le proporcionaría los medios de hallarse a salvo en el Canadá.

Pero no podía entrar en el parador «Tiptoe» vestido solamente con su calzón de lucha, ni tampoco atravesar Port Huron de tal manera ataviado. Sus manos se crisparon con más fuerza alrededor del volante al divisar a unos, dos escasos kilómetros de Port Huron un coche con las luces apagadas en la cuneta.

Era una pareja amartelada que se dedicaba al nocturno *flirt*… Jerry Palmer frenó en seco junto al coche parado.

La entusiasmada pareja salió de su éxtasis bruscamente cuando la diestra velluda del luchador entrando por la ventanilla asió del

cuello al joven elegante arrastrándolo fuera del coche.

Jerry Palmer masculló torvamente:

—¡Dile a tu Julieta que no chille o te hago trizas!

Pero Julieta se había desmayado ante la aparición de aquel hombre, sangrante de rostro y pecho, que le pareció un troglodita de las cavernas acabado de caer de un cocotero.

—¡Tus pantalones, tu abrigo y tus zapatos! —exigió Palmer, zarandeando al asaltado—. ¡Pronto, o te…!

Un cierto pudor instintivo hizo que el elegante joven mirara hacía la mujer. Pero un mucho de miedo le hizo despojarse apresuradamente del abrigo y los pantalones. Era, alto y tenía los pies anchos y planos.

—¡Pronto, tus zapatos!

Cuando, agachado, el joven se sacaba sudoroso el segundo zapato, recibió en la nuca un golpe seco dado con el borde de la palma de la mano por el experto luchador.

Jerry Palmer le ató de manos, enlazándolas a las de la desmayada, quedando los dos en el interior del coche, que Palmer, ya vestido, condujo desde un lado, quitándole el freno, hasta el bosque próximo.

Los ojos del joven expresaban todo su pánico. Jerry Palmer, alzadas las solapas del abrigo y cubriendo así su pecho desnudo, rezongó:

—Mejor será que te quedes tranquilamente aquí dentro esperando el amanecer. Si te asomas podría yo desnucarte.

Se alejó montando de nuevo en el Pontiac, que puso en marcha para detenerlo cuando se divisaba la primera casa de Port Huron. Dejó el coche entre la arboleda tupida.

A pie fue dirigiéndose por las calles exteriores, hasta que apercibió el cartel luminoso que con neón dibujaba un gran edificio: «Tiptoe».

Iba a entrar, cuando recordó su cara tumefacta, que podría llamar la atención. Pero necesitaba verse cuanto antes con César Gardini.

Dio un rodeo caminando por el cuidado parque, iluminado a trechos por las luces que atravesaban ventanas de los distintos pisos. ¿En qué habitación estaría César Gardini?

Retrocedió para ampararse en la oscuridad de unos arbustos. Lo

mejor sería telefonear desde algún café. Sí, eso es lo que iba a hacer.

Súbitamente sus puños se cerraron dentro de los bolsillos del abrigo robado. Quedó como atacado de parálisis, porque junto a su sien algo frío, redondo y duro se apoyaba, y una voz tenue, pero enérgica, ordenaba:

—¡Quieto o te abraso!

El que empuñaba la pistola no era visible en la obscuridad, pero Jerry Palmer no movió un solo músculo buscando la forma de deshacerse de aquel peligro. ¿Ya había dado la Policía con él?

Lo mejor era entregarse, porque a su otro costado otra sombra, provista también de automática, que le hundía en el hígado, conminaba:

—¡No te muevas! ¿A quién buscabas?

Jerry Palmer pensó que era, mejor decir la verdad. Contestó, ceñudo:

—Vine a buscar a César Gardini.

—¡Vaya! Al menos eres un tipo sincero —dijo una de las sombras, mientras la otra dejaba oír una risita sarcástica.

A la vez que reía, la sombra alzó el puño armado, y la culata chocó contra la mandíbula de Jerry Palmer, repitiendo dos veces el golpe antes que el luchador cayera desvanecido.

Cuando Jerry Palmer recobró el sentido, en su cerebro entumecido creyóse en el *ring*.

Se arrodilló, apoyadas las dos manos en el suelo, tratando de percibir la voz del árbitro cantando los segundos.

Oyó una voz melosa, agradable, que decía:

—Vamos, Jerry, amigo…; despeja el seso y traga este buche de buen coñac que te dejará nuevo.

El que hablaba era un hombre alto de cabellos y ojos negros, sonrisa resplandeciente, vistiendo un magnífico traje cruzado azul, con una gardenia en la solapa.

César Gardini repitió:

—Despeja el seso, Jerry.

Sacudiendo la cabeza, Jerry Palmer se puso en pie, palpándose la mandíbula dolorida. Miró en rededor. Era un saloncito rústico, típicamente amueblado al estilo de las casas campestres.

Vio por fin a César Gardini, y sonrió aliviado, tendiendo la mano

en la que Gardini dejó un vaso repleto de coñac.

—Bebe, Jerry, y siéntate. Sí, ya sé; quieres enterarte de lo que te pasó. Mira, chico, escogiste un mal momento para visitarme. Precisamente yo esta noche tenía un compromiso… y me hice guardar. Mis dos guardianes te vieron rondar cautelosamente, por detrás del parador, precisamente bajo las ventanas de mis habitaciones, y cuando tú les dijiste que me buscabas, te tomaron por un policía y te atizaron. Te trajeron a esta cabaña, que es de mi propiedad, y por teléfono me llamaron. He venido, y tenemos aún quince minutos para charlar. ¿Qué te pasa, Jerry?

Sombríamente, Jerry Palmer gruñó:

—Me he «cargado» a *Flash* Barker, luchando. La gente quiso lincharme, y tuve que manejar una silla para escapar. Cogí un coche y vine acá.

—¡Maldita sea, hombre! ¿No pudiste escoger otra noche para venir a visitarme?

Los negros ojos de Gardini tenían destellos coléricos mirando al atribulado luchador. Añadió:

—Precisamente esta noche que tengo un gran asunto pendiente…

Se animó de pronto, exclamando:

—Tú quieres ir al Cañada sin pasar por el puesto de guardia, ¿verdad, Jerry?

—Eso es, eso es —respiró afanosamente Palmer—. Tengo que huir.

—Bien. Vete a aquel rincón, báñate la cara en el lavabo, date pomada coloidal para cerrar los cortes de tu cara, y vamos a hablar. Yo te dejaré sano y salvo en el Canadá y te proporcionaré la manera de ganarte diez dólares al día, pero a cambio de que esta noche conduzcas un coche en el que iré yo.

—Lo que quieras, Gardini, lo que quieras con tal de que no me metan en la cárcel. Yo no podría resistirlo… ¿Dónde vamos a ir?

—Ahora vas a arreglarte la cara, Jerry. Después se trata simplemente de visitar un manicomio. No pongas esa cara, Jerry… Se trata de rescatar a un amigo mío; un tal Mark Norton.

CAPÍTULO II

EL CRONÓMETRO DE MARK NORTON

En el sanatorio de enfermedades mentales y nerviosas instalado en las afueras de Detroit, existía una galería destinada a los locos furiosos. Los alojaban solos en celdas acolchadas, y aparte las visitas médicas, eran visitados tres veces al día, en las comidas, por una pareja de expertos enfermeros de amplios y recios hombros, muy avezados a dominar las crisis de violencia.

Hacía ya un año que el multimillonario y asesino Mark Norton estaba alojado en la celda de la galería de los furiosos, y ni una sola vez había intentado agredir a sus visitantes.

Era un hombre guapo de claros ojos, perfil griego, rizados cabellos castaños, y modales precisos. Daba de inmediato la impresión de un bien organizado financiero, y a cada visita efectuaba el mismo gesto: consultaba su reloj pulsera, que marcaba también el día y el mes, como si con ello quisiera dar a entender que su tiempo estaba medido.

Sus visitas eran las ordinarias: el médico, los dos enfermeros, y cada mes la de un agente de policía, acompañado de un médico psiquiatra del Departamento del
F. B. I.

El agente de policía cambiaba cada visita mensual. No así el psiquiatra del
F. B. I.
, el cual aproximadamente venía a decir lo mismo en cada interrogatorio.

—Buenos días, Norton. Ha transcurrido un mes desde que le

visité. Veremos si esta vez llegamos a un acuerdo.

Mark Norton miraba al policía y al médico con expresión concentrada, como si intentara preguntarse mentalmente quiénes eran.

—Reconstruiré los hechos, Norton. Ocurrió en el club nocturno «Adolphi», donde su esposa estaba cenando con dos amigas suyas. Usted, hasta entonces, manifestaba correcta adoración conyugal. ¿Me presta atención, Norton?

—Le escucho atentamente. Pero mi tiempo es escaso.

—¿Qué otras cosas le esperan?

—Una sola que no quiero que nadie me quite.

—¿Cuál?

—La soledad.

—Escuche, Norton: usted está en un sanatorio de mentales. No pretenda engañarme.

—Nada pretendo sino permanecer en mi soledad armoniosa.

—¡Usted es un asesino, Norton!

—No se excite, señor. La verdad de cada cual es muy relativa. Para usted yo soy un asesino; para mí, no.

—El estudio de los hechos no deja lugar a dudas. Usted entró en la sala del «Adolphi» y dio una espléndida propina al *maître* para que le indicara la mesa ocupada por su esposa sin avisarla de su llegada. Al dirigirse hacia la mesa, usted encontró a un abogado amigo suyo, que quiso hablarle de un negocio importante. Usted le replicó…

—Sí; yo le repliqué que era una cuestión de minutos y que volvería con muchas cosas, de que hablar —dijo Mark Norton, mirando de nuevo su cronómetro.

—Lo cual suponía premeditación en un hecho. Usted llegó junto a la mesa, y su esposa, sonriente, le saludó. Con rápido gesto sacó usted del bolsillo del *smoking* una pistola y disparó. Al primer pistoletazo, ella cayó, rota la frente. ¿Lo recuerda?

Mark Norton cerró los ojos, y el médico hizo una larga pausa de silencio para evocar cuanto siguió.

La gente se precipitó hacia la salida, menos dos comensales, algo embriagados, que valientemente se abalanzaron sobre el agresor.

Pero ya el abogado, amigo de Norton, se interpuso, y la inmediata llegada de varios policías impidió que, pasado el primer

sobresalto, la gente se abalanzara sobre el que creían un *gangster*.

La ley americana es muy severa con los crímenes llamados pasionales. Sólo tres personas defendieron a Mark Norton, alegando un arrebato de locura, fundado en sospechas carentes de base.

El fiscal demostró claramente que la esposa de Norton era por todos conceptos irreprochable.

El abogado defensor alegó que Mark Norton amaba a su esposa «con locura», y que imaginó ser objeto de escarnio.

El médico legista demostró que Mark Norton poseía una esquizofrenia especial de afán de mando, dominio y posesión absoluta.

Prevaleció la opinión de que Norton debía ser electrocutado inmediatamente porque había cometido algo infrahumano e imperdonable: estrangular en la cuna a su hijo menor de un año antes de encaminarse hacia el «Adolphi».

El medico demostró que ya en la Universidad, Mark Norton era llamado «el fantasioso emperador», por sus ínfulas de mando.

Por suerte para Norton, la consulta de expertos llamados a declarar por el doctor que le defendía, junto con el abogado, eran psiquiatras fervientes cuyo sueño dorado sería encerrar a toda la humanidad en manicomios, no dejando libres más que a ellos mismos y a los enfermeros.

El tribunal prefirió inclinarse ante la opinión técnica, y demostrar que un crimen tan odioso sólo podía cometerlo un hombre loco.

Y así se salvó de la silla eléctrica.

—Usted no está loco ni mucho menos, Norton —insistía en cada visita el médico del

F. B. I.

—Yo no pretendo estarlo, señor.

—¿Por qué mató entonces a su esposa y a su hijo?

—Me absorbían demasiado, impidiéndome con el cariño que me inspiraban dedicarme de lleno a mis actividades.

—¿Qué actividades?

—Mis negocios.

—¿Puede explicar cómo es que siendo usted multimillonario, al ser detenido no se hallaron en sus depósitos bancarios más que cantidades irrisorias? ¿Por qué había usted vendido sus

propiedades?

—Era muy libre de disponer de mi fortuna.

—¿Dónde escondió sus millones?

—Los quemé.

—No eran billetes, sino oro en lingotes y monedas.

—También el oro se funde a elevada temperatura.

—Suponiendo que me lo crea, ¿para qué quemó ocho millones de dólares en oro?

—Para quedarme sin nada y poder volver a empezar.

El médico psiquiatra abandonaba, confuso, el sanatorio. ¿Era realmente un loco Mark Norton?

La opinión de los enfermeros era que el multimillonario había sobornado a los médicos del tribunal, lo cual tampoco era verdad.

Todo esto también se lo explicó César Gardini a Jerry Palmer en el coche que avanzaba por la carretera hacia Detroit. Atrás iba uno de los que había sorprendido al luchador en el parque del parador.

Iba embadurnándose el rostro con rayas rojizas representando arañazos.

—Como ves, Jerry, el asunto será fácil, y lo tengo todo preparado para que entremos sin dificultad en el Canadá. La celda ocupada por Mark Norton es la tercera a mano derecha de la galería de furiosos. No puede fallar si cada uno de nosotros hace lo dicho.

Eran las dos de la madrugada cuando el enfermero de guardia acudió al timbrazo. Jerry Palmer llevaba cogido por un brazo al que simulaba estar arañado y que se debatía ferozmente.

César Gardini, que lo sujetaba por el otro, dijo rápidamente:

—Soy el doctor Gardner, Apresúrese… Este cliente mío ha tenido un ataque de *delirium tremens*. Me acompaña mi enfermero.

El guardián llamó a otros dos que eran los de turno en la galería de furiosos. Abrieron los dos rastrillos de la galería, y cuando ya estaban en el interior, suavemente iluminado, los dos luchadores, Gardini y Palmer, entraron en acción.

Fue una lucha rápida, porque cogieron de sorpresa a los tres enfermeros. Los amordazaron y maniataron sólidamente, juntándoles casi los tacones con las muñecas.

El otro corrió a la tercera celda, la abrió y mostrando su automática, conminó:

—¡Vamos, Norton! Hemos venido a darle la libertad.

Mark Norton miró su cronómetro y se levantó, procediendo a despojarse del pijama. Vistióse lentamente, y contempló a Gardini y Palmer.

—No tengo el honor de conocerles, señores.

—Tendremos después tiempo de sobra, Norton. Apresúrese.

El multimillonario asintió, y echó a andar, seguido por los otros tres. Llegaron al coche sin contratiempo.

—¡Ahora, Jerry, a toda marcha hacia River Side! A las tres nos espera una lancha motor ballenera del capitán Javert.

Jerry Palmer pisó el acelerador, pensando solamente que ya pronto estaría libre.

Atrás, junto a Mark Norton, estaba sentado César Gardini, que oliendo la gardenia puesta en el ojal de su solapa, dijo melosamente.

—Me llamo César Gardini.

—Tanto gusto. Creo que le vi luchar hará cosa de dos años en el «Boxcatch».

—Yo mismo, sí. Pero me cansé de divertir a la gente. Espero sus preguntas, Norton.

Norton miró su cronómetro, y replicó:

—Siempre ha sido norma en mi diario vivir ajustarme al reloj. Tengo sueño, y hasta las tres no llegaremos a la lancha que usted ha mencionado. Supongo que después nos esperará un viaje algo largo. Al término del viaje, usted me expresará los motivos por los que me ha rescatado de mi soledad forzosa.

—Da gusto oírle, Norton. ¿No se imagina por qué he hecho esto?

Mark Norton señaló la esfera de su cronómetro, se reclinó a un lado, y cerró los ojos, indicando con ello su voluntad de dormir.

César Gardini rió suavemente.

En el volante, Jerry Palmer preguntó:

—¿Por la carretera o por la autopista, Gardini?

—Por la autopista, Jerry.

Se acomodó también Gardini, cerrando los ojos.

A las tres de la madrugada abandonaron los cuatro el coche, para penetrar en una larga y sólida embarcación ballenera, provista de motor. La tripulaban tres hombres que apenas hubieron saludado, volvieron a ocupar sus puestos poniendo en marcha la lancha.

Mark Norton quedó en la cabina, sentado ante una mesa, a cuyo otro lado se colocó César Gardini. Jerry Palmer y el otro, estaban en cubierta.

—Tuvo razón, Norton, al pensar que íbamos a hacer un largo viaje. Ahora, atravesaremos el Lago Huron, para penetrar en el río San Lorenzo hasta Murray Bay, ya en el Atlántico, donde está el barco ballenero del capitán Javert.

—No conozco al capitán Javert.

—Un gran marino, honrado, y libre de toda sospecha. Pero logré convencerle para que le diera a usted refugio a bordo. Esta lancha es suya, y ningún policía la registrará.

—No es tan honrado cuando facilita mi escapatoria —dijo Norton.

Sonrió Gardini:

—Usted declaró en el tribunal que había quemado su oro, ya que todo metal tiene como las conciencias su punto de fusión. El punto de fusión de la conciencia del capitán Javert, es un millón en oro.

—Es usted multimillonario, entonces…

—Yo, no. Usted, sí —rió amablemente Gardini.

—¿Piensa usted, que voy a pagarle millones por haberme facilitado la salida del sanatorio?

—No hubiera corrido ningún riesgo para proponerle algo tan poco comercial, Norton. Mi idea es sencillísima: yo tengo la manera de ganar un diez mil por cien, y usted tiene el dinero. Es decir, no pido pago por mi ayuda, sino que le ofrezco un negocio magnífico, cuyas bases he ido colocando con la precisión con que este cronómetro que usted posee, está montado.

—Creo que nos entenderemos, Gardini. Ahora bien, supongamos que realmente yo hubiera fundido el oro de los ocho millones, ¿qué haría usted? ¿Matarme?

—Oh, no… ¡Usted tiene los ocho millones! Yo soy jugador y me guío por las corazonadas. ¡Usted tiene los ocho millones!

—Los tengo, pero en lugar donde nadie puede sospechar.

—Creo que usted me supone un *gangster* trabajando el rescate. Tengo muchos más vuelos, Norton, y le ofrezco invertir sus ocho millones, al cincuenta por cien de beneficios.

—Exponga su idea.

—Drogas. Tengo quien me las suministraría, y quien las introduciría en los Estados. Falta solamente el capital. El suministro en Islandia, y metidos los estupefacientes en pieles, viajarían, en el barco ballenero del capitán Javert, hasta el San Lorenzo, donde el barco de juego de un amigo mío, las iría repartiendo por los Estados. Es sencillísimo: cada gramo comprado en doscientas, produce diez mil. ¿Qué negocio le produciría esto?

—Quedamos entonces en que usted carece de capital, y que es por ello, por lo que me ha libertado. Que ha puesto todos los jalones del camino, pero que le falta el lubrificante, o sea, mi dinero.

—Exactamente.

—Bien. Tengo sueño. Cuando estemos en el ballenero, le daré mi respuesta.

—Ha de ser ahora, Norton.

—Suponga que me niego.

—Viajará conmigo, hasta que se decida.

—¿Piensa emplear métodos de tortura para que yo diga dónde escondí las ocho millones?

—No. Me limitaré a esperar, y usted se cansará antes que yo.

—Hay un fallo, Gardini.

—¿Cuál?

—Ninguna documentación legal puede garantizar nuestra operación. No tengo garantía de que usted, una vez haya yo invertido los ocho millones, me entregue el cincuenta por cien de los beneficios.

—Todo negocio tiene su riesgo, Norton.

—Yo soy ya un personaje muerto ante la sociedad. Para usted, mi vida sólo vale hasta que aparezcan los ocho millones. ¿Por qué va usted a contentarse con el cincuenta por ciento, si puede tener el cien por cien? ¿Y si yo le dijera que ocho millones son una cantidad mezquina? ¿Y si yo le dijera que su negocio es ridículo?

—¿Ridículo convertirle en un año, sus ocho millones en doscientos?

—Tal vez nos entendamos, Gardini, porque necesito hombres decididos. Pero será con el negocio que yo le propondré aunque al principio, dejaremos al capitán Javert en la creencia de que he aceptado ser un traficante de drogas. El negocio que yo le presentaré, Gardini, puede convertirle en el hombre más rico del

mundo —y el fugado miró su cronómetro—: Voy a tenderme, Estoy fatigado. Despiérteme media hora antes de que lleguemos al ballenero.

CAPÍTULO III

STANLEY STORK

Al día siguiente del accidentado combate de Jerry Palmer, muy poco espacio estaba dedicado en las columnas de los periódicos de Detroit a la fuga del luchador, porque un nombre distinto acaparaba la atención de todos los lectores.

Los periódicos norteamericanos son confeccionados por técnicos especialistas en el arte de documentar rápidamente a gente que presume de mucha prisa.

Leyendo los titulares, subtítulos y comentarios con letras mayúsculas, que son el compendio del proceso de masticación del redactor, el lector que tiene prisa digiere inmediatamente todo el contenido de las columnas.

«*UN ANTIGUO ASUNTO CRIMINAL QUE RESURGE*»
«*MARK NORTON, ASESINO Y MULTIMILLONARIO, SE HA FUGADO*»

«*Condenado a muerte hace un año, se salvó de la silla eléctrica al ser declarado demente y recluido en un sanatorio*».

«*Se ha evadido del Asilo de alienados, de Detroit, en la carretera de Bedlam, y se supone que ha atravesado la frontera del Canadá*».

«*Los enfermeros declaran que fueron atacados por dos luchadores profesionales*».

«*Manifestaciones del médico del sanatorio*».

Había otros subtítulos que provocarían la sonrisa de un lector europeo, pero que al yanqui la suscitaban el comentario:

«*Ya he aprendido algo que no sabía*».

«*Lo que pesaba Mark Norton antes y después de su famoso proceso. —Cuántas vueltas da una rueda de automóvil para ir desde Bedlam (Detroit) hasta la frontera, del Canadá—. Cuántas hojas "Gillette Azul" ha usado Mark Norton en un año. —Lo que dice un bacteriólogo de Minnesota acerca de los microbios del crimen y del amor—. Los ahorros que hubiera hecho el asesino multimillonario si hubiese usado tacones de goma rotativos.*».

Y era curioso comprobar que muchos hombres de negocios estaban leyendo, letra por letra, estos subtítulos, mientras que en sus despachos y oficinas campeaban los clásicos letreros:

«*EL TIEMPO ES ORO*» —«*SU TIEMPO ES VALIOSO, EL MÍO TAMBIÉN*»— «*PERDÉIS MINUTOS DE VIDA EN COSAS INÚTILES*»

En el sexto piso del inmenso barrio industrioso que es en total, la ciudad de Detroit, un hombre sentado en una silla en equilibrio sobre las patas traseras, con sus pies apoyados en el reborde de la ventana, bostezaba ampliamente.

Era alto, musculoso y de rostro simpático, pese a la dureza de sus facciones. De vez en cuando echaba una ojeada al teléfono.

Era un teléfono que comunicaba con la portería, cuya centralilla conectaba con todos los pisos, dándoles la comunicación con línea general. Era un método adoptado por todos los inquilinos para evitar que en su ausencia alguien llamase inútilmente. Así quedaba constancia en la portería, que tenía una hija telefonista, empleada, sin salir de casa.

El hombre recogió del suelo un periódico, y procedió a recorrer

con la vista los titulares de la sección deportiva.

—¡Canastos! —exclamó al leer un título. Y leyó ávidamente:

«*EL LUCHADOR JERRY PALMER HUYE ALOCADO CREYENDO HABER DADO MUERTE COMBATIENDO A SU AMIGO FLASH BARKER*»

«*Fue un combate duro, violento y sincero. Un médico en primera fila, que asistía por vez primera a este espectáculo, creyó que Palmer había desnucado a Barker. Lo gritó y el público, excitado, pretendió linchar a Palmer, que saltando del ring y asiendo una silla se abrió paso. Afortunadamente estrelló la silla contra una columna, y no hubo desgracias personales. En cuanto a Barker está perfectamente, si bien algo contuso. Su nuca torcida, se debió simplemente a un esguince muscular. Invitamos a Jerry Palmer a regresar a su ciudad natal, con la seguridad de que obtendrá un llenazo la próxima vez que actúe*».

—Canastos con Jerry —rió el lector.

Resonó el timbre del teléfono, y saltó de la silla, demostrando tener una portentosa agilidad, porque la silla, cayó pero él ya estaba asido del aparato.

—¡Llaman a Stanley Stork al teléfono! —graznó la hija de la portera.

—¡Yo soy Stork! ¿Qué pasa?

Una voz lejana, indiferente, comunicó:

—El doctor informa que se ha precipitado usted, señor Stork, La señora Stork está en excelente estado, y pudo haber ingresado en la clínica dentro de varias semanas. Ella quiere regresar a su casa.

—¡No, no! Dígale que debe quedarse en la clínica, porque es donde mejor la asistirán. Cuídenmela bien. Pasaré esta tarde a visitarla. ¿Está del todo bien?

La enfermera, diplomada en partos, rió al otro extremo del hilo:

—Como una rosa, señor Stork. Un apetito feroz, y no hay el menor síntoma de próximos dolores. Hasta la tarde, señor Stork.

Stanley Stork colgó, haciendo una mueca irónica. Le había siempre sorprendido la frialdad, con la que médicos y enfermeras se tomaban las cosas serías.

Se miró al espejo, pasándose la mano por la barbilla. No le vendría mal un afeitado. Se quitó la deportiva chaqueta, y desabrochó la funda sobaquera, colocándola con la pistola sobre la cama.

Estaba pasándose la máquina de afeitar por el bigote cuando repiqueteó el teléfono. Soltó la máquina y una imprecación porque se había cortado, y corrió a coger el teléfono.

—¡Llaman a Stanley Stork al teléfono!

—Diga, diga, ¿diga?… —Se impacientó Stork, pensando que la «señora Stork» podía ya ser madre de un robusto sucesor de la dinastía Stork.

—¿Stanley Stork?

—¡Yo mismo, canastos!

—Tenga la bondad de presentarse inmediatamente en la sala de billares del «Sporting» —y el comunicante colgó.

Stanley Stork, agente del

F. B. I.

, se limpió el rostro del jabón, se puso un poco de tafetán al borde del labio, colocóse las tiras de su pistolera y enfundó en la americana sus anchas espaldas.

Poco después llegaba al «Sporting». A las diez de la mañana no había nadie en los billares, y en la barra, sólo algunos apresurados que desayunaban.

Al entrar Stork, un hombre se destacó en la sala de billares, levantándose de una silla, y cogiendo un taco hizo chocar en magnífica carambola, las tres bolas sobre el verde tapete de una mesa al fondo de la desierta sala.

Stanley Stork cogió otro taco, y mientras le daba yeso saludó al solitario jugador:

—¡Hola, compañero!

El lugar donde el agente recibía órdenes era siempre una mesa de billar del «Sporting». El enlace cambiaba.

—¿Ha leído la prensa, Stork?

—Sí.

—¿Conoce la historia ríe Mark Norton?

—Lo que dicen los periódicos.

—Yo tengo la orden de aclararle lo que la prensa nunca dijo, porque es ignorado por todo el mundo, salvo por nuestro departamento. A usted le toca tirar.

Chocaron las bolas y de tirada hizo Stork cinco carambolas. Sintióse satisfecho, porque sólo jugaba al billar cuando le llamaba el enlace del
F. B. I.

—El crimen de Mark Norton fue achacado a locura. Pero el
F. B. I.
sospechó otra cosa, aunque carece de pruebas. ¿Sabe cómo se llamaba la esposa de Norton?

—Creo que tenía un apellido parecido a Girling, Trilby…

—Se llamaba Stribling, y su padre, Kent Stribling, es propietario de varias minas, una de ellas sita en la península del Labrador, al norte de Canadá, en las zonas árticas.

—¿Qué relación achaca el
F. B. I.
al crimen con las minas?

—Dio usted en el clavo. Esta mina, abierta en el casi desierto extremo del Labrador, producía mucho hierro, hasta que se encontró una veta del mineral más codiciado hoy en día: uranio, la base de la atómica.

—¡Canastos! Si Norton quería el uranio, ¿para qué mató a su esposa y a su propio hijo?

—Nadie lo sabe. Pero el
F. B. I.
cree que Norton, tarde o temprano, aparecerá por la mina del Labrador.

—Espero que no pretenderán mandarme al Polo, ¿no? —dijo algo alarmado Stanley Stork.

—Usted, fue ballenero antes de ser luchador, y antes de pasar al servicio del
F. B. I.
, ¿verdad?

—Sí. ¿Qué relación con lo de Norton?

—Le ayudaron a evadirse dos luchadores. Sólo pudo escapar remontando el «San Lorenzo», y entre las pocas lanchas que no

fueron registradas está la del capitán Javert, cuyo barco está anclado en Murray Bay.

—Oiga, ¿no hay otro agente disponible en Detroit?

—Ninguno que como usted, presente estas dos características esenciales: haber sido luchador, ignorando todos que pertenece al
F. B. I.
, y el haber sido tripulante de balleneros.

Suspiró resignadamente Stanley Stork, y falló una carambola clara.

—Bien, ¡qué remedio queda!

El enlace hizo una carambola magnífica, antes de explicar:

—A Las diez y media le llevaré al aeródromo, y le dejarán en Murray Bay. Investigue, y si como parece, Norton cuenta con la complicidad del capitán Javert, procure enrolarse a su bordo. Se trata de averiguar lo que sabe Norton, qué piensa hacer, y a favor de qué potencia piensa apoderarse del uranio, si éste es su objetivo, como sospechamos. En todos los puestos de la Policía Montada facilitará una contraseña de radio, a su único uso. Podrá disponer de cuantos refuerzos quiera, llegado el momento.

—Creo que sólo sabré componérmelas. ¿Qué hago con los luchadores que facilitaron la fuga al cerdo de Norton?

—Dejarlos, hasta que no logre saber los propósitos de Norton.

—¡Maldita sea! Podía Norton haberse fugado en otro momento.

A media tarde, el teléfono llamó inútilmente en el piso de los Stork. La telefonista tomó nota:

> «*La señora Stork dice que ha recibido el ramo de flores, los chocolatines, el muñeco representando a Hércules, y el aviso de que Stanley Stork ha tenido que emprender un viaje. Que está muy bien, y que el doctor persiste en que cuando regrese el señor Stork, aunque tarde dos semanas, no habrá novedad*».

* * *

El río San Lorenzo que con su afluente el San Louis tiene una longitud de tres mil ochocientos kilómetros, es el desagüe natural de los Grandes Lagos, y al mismo tiempo la penetración natural al interior del continente.

En Murray Bay, donde el anchuroso río se mezcla ya con el Atlántico, anclan numerosas flotillas de balleneros, que vienen a descargar, a aprovisionarse, y a renovar las bajas de la tripulación.

El principal comercio de Murray Bay lo dan los balleneros y después los cazadores de pieles, viniendo en tercer lugar los leñadores.

Las posadas y bares tienen aún cierto aspecto primitivo, porque lo son sus clientes. Marineros de los balleneros, que han estado en parajes desolados, durante meses, al igual que peleteros y leñadores.

En su corta estancia en Murray Bay, gastan rápida, alegre y violentamente sus pagas, ansiosos de diversión. La brutalidad es ambiental, y la ley la del más fuerte, en las discusiones.

Stanley Stork entró en la mayor de las tabernas. Iba vestido adecuadamente. Gruesos zapatones embreados, medias de lana, pantalón de piel forrada, jersey gris, chaquetón de cuero recio, y una media de seda le apretaba el cabello, enrollándose después al cuello.

La media de seda abrigaba mucho y era ligera, siendo el mejor gorro y bufanda, al viejo estilo de los balleneros escandinavos.

Llevaba recorridas seis tabernas, desde que abandonó el aeródromo. Atravesó la primera sala, la de juego y bebidas, para entrar en el salón de baile.

Sabía que el ballenero del capitán Javert se llamaba «Groenland», pero en aquellos parajes el preguntón era mal mirado.

Hasta entonces no había tenido suerte, porque con quienes había tomado copas eran marineros de otros barcos, o leñadores.

Una hermosa y opulenta rubia, muy al gusto de la ruda población transitoria, se le acercó:

—¿Me buscas a mí, atleta?

—¡Ven acá, Glory! —gritó desde un palco un mestizo esquimal.

Ella hizo una mueca de desdén, tomando por testigo a Stork:

—Este mestizo no me deja en paz. Pero me gustas más tú. El mestizo se cree que porque acaba de desembarcar del «Groenland» y

tiene los bolsillos repletos le voy a hacer caso. ¿Bailamos, cachalote?

Stanley Stork miró al mestizo, que le dedicaba ojeadas furiosas. Replicó:

—Mejor te invito a lo que quieras. Allí mismo —y señaló una mesa cercana, al palco ocupado por el mestizo esquimal del «Groenland».

—Mejor sería ir a otro sitio más apartado.

—¿Por qué?

—Frosby puede enfadarse.

—¿Quién es Frosby?

—El mestizo esquimal del «Groenland».

—Yo me desayuno con tres esquimales.

—Frosby es muy bestia, te lo advierto.

—Pero tú eres tan guapa, que por ti soy capaz de pelear con diez esquimales a la vez. Vamos.

Frosby, el mestizo, al ver sentarse a Glory, se ajustó el cinto, se subió los pantalones y abandonó el palco.

Llegó frente a la mesa, interpelando a Stork:

—Usted es nuevo por aquí, y se ve. Por esto mismo, como no sabe que Glory es mi chica, lárguese, y no pasará nada.

El grueso y macizo Frosby, de cara ancha, ojillos estrechos, se consideraba el forzudo del «Groenland». Stanley tenía ya su plan para entrar en el «Groenland», y no le disgustaba ni mucho menos ejercitarse.

Se reclinó hacia atrás, en equilibrio sobre la silla.

—Ahora, Glory es mi chica, y si quiere usted conservar sus huesos sanos lárguese.

—¿Eh? —murmuró Frosby en el colmo de la sorpresa.

—Lo que oye, grasoso.

Glory apartóse prudentemente, mientras Frosby, agachando la cabeza, cerró los puños, y masculló:

—¡En pie, valentón, que de la paliza que te voy a dar pasarás un mes meditando lo caro que resulta gallear conmigo!

Stanley Stork sonrió alegremente:

—Frosby, querido muchacho, no sabes con quién te estás metiendo. Me hacen falta tres como tú, para que me levante.

Frosby miró en rededor. Habíase formado ya el espontáneo

círculo de satisfechos espectadores, esperando la principal diversión: una buena lucha, como la prometían el bestial Frosby y el atlético desconocido, de buen humor y serena confianza en sí mismo.

Abalanzóse el esquimal, y cuando pareció abrazar a su contrincante, rompió la silla, porque Stork estaba ya en pie a espaldas suyas.

—Pesas noventa kilos muy lentos, Frosby.

Frosby abrió los brazos, girando sobre los tacones. Extendió las manazas y gruñó:

—Te las das de gracioso, ¿eh? Te voy a dar una paliza que…

—¡Despejen, despajen! —resonaron autoritariamente varias voces.

Cuatro individuos uniformados con el pantalón azul, las negras botas, la chaqueta roja y el sombrero picudo de la Real Policía Montada, iban apartando a los defraudados espectadores.

Uno de ellos tocó en el hombro a Stanley Stork:

—Venga con nosotros.

—¿Yo?

—Sí, usted. Los demás, fuera… Usted, Frosby, retírese.

El esquimal gruñó:

—Nos volveremos a ver, matón, si éstos te dejan libre.

—Éste es mi deseo, Frosby querido, volverte a ver. Bueno, ¿qué he hecho yo, cabo?

—Venga con nosotros.

Escoltado por los Policía Montada abandonó Stork la taberna. Se alzó el cuello del chaquetón y dijo:

—Hay error, cabo. Yo soy un pacífico marinero que…

—El sargento Lefer quiere verle. No sé más.

La casa-cuartel estaba cerca, y Stanley Stork fue introducido en un despacho, donde un sargento de rostro afilado le saludó al quedar a solas:

—Siéntese, Stork. También yo pertenezco al

F. B. I.

, pero tengo otra misión Usted busca a Norton. Está a bordo del «Groenland», asimismo como los luchadores César Gardini y Jerry Palmer. Lo controlé hace una hora, y me comunicaron de Detroit que usted les buscaba.

—¡Canastos! ¿Conque Jerry y César, eh? Oiga, sargento, me mandó sus muchachos muy inoportunamente. Precisamente estaba yo solucionando el modo de entrar en el «Groenland». Iba a darle una paliza a un mestizo llamado Frosby, tripulante del capitán Javert. Lo hubiese recogido amorosamente llevándolo a bordo, y es casi seguro que inutilizado Frosby, me hubieran aceptado para relevarle.

—Ya encontrará otro medio. El contramaestre reclutador del «Groenland» ha bajado a tierra. He comunicado ya la señal a todos los puestos, por si usted precisa ayuda. Buena suerte, Stork.

Stanley Stork salió a la calle, sabedor ya de que Norton estaba a bordo del «Groenland». Ahora tenía que hallar al contramaestre reclutador.

Tampoco sería mala idea entrar en la taberna y buscar de nuevo pelea con Frosby…

—¡Vaya canela! —oyó decir.

Miró, y vio que el objeto del comentario de uno de los dos leñadores, que se habían detenido cerca de él, era una mujer que descendía, del coche de línea entre la estación del ferrocarril y el puerto.

Era una rubia, de extraños ojos verdes, que miraba en rededor, mientras el cobrador le tendía dos maletas que sacaba del interior.

—Oye, debe ser una nueva. ¿Vamos a por ella?

—Parece una dama.

—Todas lo parecen, cuando están de viaje.

Stanley Stork contempló complacido a la que ya arrancado el coche seguía mirando en rededor. Era hermosa, y tuvo Stork la seguridad de que no era tanguista, como creían los dos leñadores.

Se aproximó, porque quería ver de más cerca a la esplendorosa, beldad rubia.

—Buenas tardes, preciosa —decía uno de los leñadores—. La acompañaremos donde quiera.

—Quiero que une indiquen por favor, donde está anclado el «Groenland».

Stanley Stork admiró la melodiosa voz que hablaba un inglés con acento francés, como muchos canadienses. ¿Al «Groenland»?…

Uno de los leñadores, rió:

—Hay tiempo, y antes nos podemos tomar unas copas.

—Sigan su camino, señores, Creo que se han equivocado —dijo ella sencillamente, volviéndoles la espalda.

El otro leñador la tiró de la manga de su abrigo de pieles:

—No seas, esquiva, rubia. Total… pueden esperar los del «Groenland».

Juzgó Stork la ocasión propicia para intervenir. Adelantóse:

—Dejen en paz a la señorita.

Los dos leñadores le miraron sorprendidos.

—¿Quién es ése, Pat?

—No sé, Mike.

—Me llamo Stanley Stork, por si os interesa, irlandeses. Dejad en paz a la señorita, porque os habéis equivocado.

—¡Dale, Pat! —animó el llamado Mike.

El puño de Pat, se disparó… y Mike abrió la boca hasta el máximo, al ver que su amigo surcaba, los aires por encima del hombro de Stork, yendo a caer ruidosamente de espaldas sobre la calzada.

La desconocida se apoyó contra la pared, también asombrada. No había visto más que el puño del irlandés que iba a chocar contra el rostro del que había intervenido.

Lo sucedido había sido rápido. Stork asió la muñeca del leñador, giró y colocó su hombro bajo el sobaco de Pat, proyectándole por encima suyo en una de las llaves de lucha más fáciles.

El otro, repuesto ya, acudió con los puños preparados. Levantó una pierna, destinando un puntapié al bajo vientre de Stork, que era uno de los golpes que estimaba más eficaces para entablar un combate con la ventaja de su parte.

Su tobillo se vio aprisionado entre las manos de Stork, que dio una torsión, mientras su bota chocaba contra el estómago de Mike.

Lo soltó, porque ya Pat avanzaba en torbellino, agitando los brazos, y prodigando una sarta de pintorescas exclamaciones.

La mujer, a su pesar, no se iba, porque aquella manifestación de fuerza bruta la impresionaba…

Vio desaparecer entre las aspas de los brazos del leñador a su defensor. Y oyó el ruido del cráneo del leñador al chocar contra el suelo, aplastado bajo el peso de la rápida llave del luchador.

Pat y Mike quedaron boca arriba, gruñendo, medio sin sentido, tendidos cuan largos eran.

Stanley Stork se frotó las manos, y sonrió:

—No tiene mérito. Son brutos, pero sin escuela. ¿Quiere que la acompañe, señorita? Preguntaremos dónde está el «Groenland».

—Gracias, señor. Yo…

Llegaban dos Policía Montada, y los varios espectadores que habían asistido al rápido combate se alejaron.

—¿Otra vez? —Gruñó contrariado Stork—. Aquí apenas tose uno, asoman veinte policías. Oigan, que yo no fui el que empezó, que conste. Estos dos muchachos, sin maldad, confundieron a la señorita, y yo les dije que la dejaran en paz. ¿Fue o no fue así, señorita?

—Así fue —dijo ella.

Los dos policías se encogieron de hombros, y uno de ellos dijo:

—Entonces, ya se levantarán ellos mismos. Buenas tardes.

—Es agradable esta tierra —sonrió ella—. Es ruda, como me habían dicho, pero clara y sencilla.

Stanley Stork se agachó para recoger las dos maletas, y dijo:

—El suelo está resbaladizo. Apóyese en mi brazo, clara y sencillamente.

—Gracias.

En el suelo, Pat fue arrodillándose, mascullando.

—¿Qué pasó, Mike?… ¿Cayó un tronco sobre nosotros?… Dime…

Ella rió alejándose, apoyada en el brazo de Stanley Stork.

—Usted será seguramente un luchador, ¿no, señor Stork?

—Llámeme Stanley. Sí, fui luchador. Por si acaso, debo advertirle, que me parece que el «Groenland» es un ballenero y no un barco de pasaje.

—Lo sé. Soy Hazel Javert, la hermana del capitán.

CAPÍTULO IV

EL AMO, DESPUÉS DE DIOS…

En la toldilla del ballenero «Groenland», aquella misma mañana, el capitán Javert, después de las rituales abluciones, contemplaba su favorito espectáculo: ver amanecer.

Volvía la espalda a los muelles de Murray Bay. Lo primero que llamaba la atención en. Ernest Javert eran sus anchos ojos verdes, malignos. Después, su poblada barba y mostacho, de un claro rubio que parecía oxigenado.

Medía cerca del metro noventa, pesando aproximadamente cien kilos, armónicamente repartidos. Vientre liso, pectorales salientes, cuello redondo como una columna, y manos anchas de recios dedos.

Caminaba pisando lentamente, con vaivén de matón, aunque era en realidad el bamboleo del hombre avezado a pisar cubierta sacudida por galernas y tormentas.

Hizo visera con la diestra para mejor percibir la boca del San Lorenzo, cuando en ella apareció una de sus lanchas balleneras, la que había ido a recoger a Gardini, con su «socio capitalista» Norton.

En la lancha, a medida que iba acercándose al ballenero, reinsistió César Gardini:

—Estoy en todo de acuerdo con usted, Norton, porque su plan es infinitamente superior al mío, y actuaremos tal como me ha ordenado. Pero, por favor, no olvide lo que le he dicho referente al capitán Javert. Tendremos que seguirle la corriente, porque a bordo, se considera un tirano absoluto, a quien nadie discute.

—Ya sé. El amo después de Dios.

—Por tanto, para cumplir la disciplina, le presentaré con los

papeles que le he conseguido, de Ted Stevens, al igual como Jerry se presentará con los papeles que encontró en el abrigo del que asaltó. Es más conveniente a todos los efectos, porque pasajeros a bordo del «Groenland», podrían suscitar sospechas. Yo mismo acepté ser uno más de los tripulantes. No se ofenda, por el léxico del capitán Javert, que es brutal.

—Lo soportaré, puesto que la honradez proverbial del capitán Javert, es nuestro mejor escudo.

Los tres últimos en subir por la escalera fueron Norton, Palmer y el *gangster* lugarteniente de Gardini.

El capitán Javert actuó, como siempre que recibía a bordo nuevos enrolados. Abrióse la guerrera, para apoyar las dos manos en las caderas. En la cadera derecha había una funda pistolera, y la culata quedaba al alcance de la ancha diestra.

—Los cuatro reclutados en el San Lorenzo, mi capitán —anunció uno de los que habían pilotado la lancha.

—Arriad, y vosotros dadme vuestros papeles para que anote en el rol. Quedad aquí, hasta que os mande llamar.

Diez minutos después, un contramaestre llamaba a César Gardini, que fue conducido hasta la cabina del capitán.

Ernest Javert dijo:

—Usted ya conoce el reglamento, Gardini. Haremos la ruta ballenera, y a bordo sólo yo mando. Yo no sé quién llevo, sólo me guío por los documentos presentados.

—¿Me permite una sugerencia, capitán?

—Hable.

—El millonario Norton…

—No existe este hombre, sino el arponero Ted Stevens.

—Ted Stevens, sí, capitán… ¿No podría ir de pasajero?

—Llamaría la atención. Ahora váyase a la cala de los arponeros, y no salga a cubierta hasta que zarpemos. Dígale a… Ted Stevens que venga.

Mark Norton apareció, y sus claros ojos huidizos, contemplaron la cabina, y la alta figura majestuosa de vikingo del capitán bretón.

—Usted es el arponero Ted Stevens, y vivirá al igual que los demás hombres. Hable.

—Creo que está convenido que debo entregarle cierta suma.



...asió del cuello al joven elegante...

—En efecto.

—Para ello, necesito ir a Reykjavík.

—La ruta ballenera que sigo parte de aquí, costea el Labrador, para evitar los fuertes *blizzards* de esta época, y en singladura recta termina en Islandia. Por lo tanto, llegaremos a Reykjavík dentro de unos quince días.

—Estimo que el cumplimiento por mi parte de mi compromiso, incluye mi regreso en su barco.

—Así será. ¿Algo más?

—Mi fotografía ha sido divulgada por toda la prensa. Pueden reconocerme sus marineros.

—No leen, porque les da mareos. Esté tranquilo sobre este particular. Para mí y para todos ellos, usted es simplemente un novato enrolado, que ha presentado unos documentos en regla al nombre de Ted Stevens. Tenga la bondad de llamar a… Alan Pinkerton.

Alan Pinkerton rezaba la documentación que Jerry Palmer había hallado en el bolsillo interior del abrigo robado al joven de la carretera de Detroit a Port Huron.

Cuando entró Palmer, el capitán Javert se servía café, de un termo sacado de un armario empotrado.

Miraba al luchador por el cristal del abierto armario. Sin volverse, manifestó:

—Tú respondes al nombre de Alan Pinkerton, desgraciado. ¿Dónde rebañaste los papeles que pertenecen a Alan Pinkerton?

—Soy Alan Pinkerton, mi capitán.

Ernest Javert avanzó la rubia barba en gesto agresivo:

—¡A mí no, a mí no, hijo! Soy ballenero viejo y no me meto en los asuntos privados de mis hombres. Pero tus papeles no sirven y tendré que cambiártelos… Te ayudaré, si me hablas como es costumbre entre los machos de verdad.

—Tenía que salir de Detroit a toda prisa, capitán.

—Esto va bien. Sigue.

—Cerca de Port Huron encontré a una pareja, y le quité la ropa al llamado Alan Pinkerton.

—¡Idiota! ¡Alan Pinkerton es un violinista famoso en el mundo entero! ¡Y tú tienes de violinista lo que yo de fraile! ¡Anda, escupe! ¿En qué lío te metiste?

—Soy Jerry Palmer, luchador de profesión, y ayer noche en el *ring* del «Boxcatch», maté sin querer, a *Flash*. Tuve que huir, y creo que rompí el cráneo a varios espectadores.

El capitán Javert pareció instantáneamente otro hombre. Sonrió, y dijo casi amablemente:

—Una desgracia de esta clase le sucede a cualquiera. Jerry.

Cállate, no se lo digas a nadie, y si cumples bien, al término del viaje, podrás ir donde quieras.

—Gracias, capitán.

—Llama al último.

En la cabina entró el secuaz, de César Gardini. El capitán Javert le miró con malévola expresión.

—Tienes cara de poco fiar, tú.

—Soy la mano derecha de Gardini.

—¿Son tus verdaderos papeles ésos?

—Sí.

El capitán Javert proyectó la diestra asiendo por el cuello del chaquetón al *gangster*. Lo levantó en vilo unos segundos, y lo empujó, soltándolo.

El *gangster* fue a caer sentado contra el tabique.

—Siempre que me respondas, recuerda que debes llamarme señor o capitán. Aquí mando yo, mientras haya mar bajo nuestro peso. No lo olvides, Corrigan. Y ahora, lárgate. Avisa a los otros tres, que al igual que tú, no deben salir para nada de la cala de los arponeros, hasta que zarpemos. Y por si te quedan dudas de quién es el que manda aquí, atrévete a asomar esta fea jeta que tienes, y te la desharé a trompazos. ¡Lárgate!

En la vacía, cala de los arponeros, Fred Corrigan, sentado como los otros tres, alrededor de una mesa, masculló:

—El capitán Javert es un déspota. No me gusta.

—Aguanta —aconsejó Gardini—. Lo necesitamos… hasta que nos convenga, ¿no es así, señor Norton?

—Será preferible recordar que me llamo por ahora Ted Stevens. Estoy de acuerdo, en que hasta el regreso de Reykjavík, el amo después de Dios, es el capitán Javert.

En su cabina el capitán Javert sostenía un diálogo con su vaso de ron, Atardecía ya, y cuando regresasen los equipos de enrolamiento zarparía.

—Has perdido la honradez, Ernest, pero a cambio de la posibilidad de tener flotilla propia, y alojar a Hazel en la mejor casa del terruño. La pobre merece vivir cómoda y tranquilamente.

Pestañeó, cuando un maestro arponero, que estaba de guardia, vino a anunciarle:

—La señorita Hazel Javert sube a bordo, mi capitán.

—¿Eh? ¿Has bebido, pillo?

—Es ella, mi capitán.

Ningún tripulante del «Groenland» había visto nunca correr al capitán Javert, y por eso, pusieron cara de asombro los que vieron atravesar el puente hacia la borda al capitán en largas zancadas apresuradas.

Hazel Javert, pese a su estatura, desapareció entre los brazos de su hermano, el cual, sin soltarla, preguntó:

—¿No estabas en Vancouver, niña?

—Me cansé de ser institutriz, Ernest, y quiero regresar a Francia. Pregunté al «Lloyd's», y me comunicaron tu próxima llegada.

—¿Quién es ése? —Gruñó él mirando a Stanley Stork.

—Es el señor Stanley Stork, que me salvó de ser groseramente importunada por dos leñadores.

—¿Eres marinero?

—Lo fui, y ballenero, señor. No tengo ahora plaza.

—Vete a la cala de cuchilleros. ¡Eh, Jan, lleva a este novato a la cala cuatro! Ven tú conmigo, Hazel, que tenemos que discutir.

En la cabina, Ernest Javert sonrió:

—Me agrada verte, pero… cogerás otro barco, niña.

—No, Ernest. Estoy aquí contigo, y soy feliz.

—Pero este casco es un ballenero, niña, y los hombres son unas bestias, y tú supondrías un peligro constante.

—Contigo no corro ningún peligro.

—Yo no puedo estar vigilándote. Tengo que atender a la maniobra. No puedo llevarte conmigo, niña.

—Es fácil… El hombre que has enrolado es un luchador magnífico…

—¿Otro luchador?

—En un instante dejó fuera de combate a dos leñadores que eran casi tan fuertes como tú. Ha sido luchador, y fue ballenero.

—¿Y qué?

—Él podría… protegerme, mientras tú atiendes a tu casco, como dices.

—Es un viaje peligroso.

—Razón de más para que esté a tu lado. Y siempre tuve curiosidad, por saber lo que ocurre a bordo de un ballenero, Ernest.

—Nunca pude negarte nada, y es tarde ahora para empezar.

Bien, accedo, pero no saldrás de tu camarote.

—¡Oh, no, Ernest! No me condenes a reclusión…

—¡Bien, bien! Nombraré a tu galán, caballero sirviente tuyo. Quédate ahora aquí. Toda la tripulación está ya a bordo, y tengo que disponer la maniobra para zarpar.

El capitán Javert salió a cubierta, pensativo. No podía negarse, sin despertar sospechas en su hermana, por cuanto siempre le había dicho que si se cansaba de estar alejada del terruño, no tenía más que presentarse en el «Groenland».

Supersticioso, tuvo un presentimiento, que trató de desvanecer en su mente. Una gaviota acababa de emitir un largo chillido en el negro cielo, abatiéndose muerta…

Presagio de tormentas y muertes. Pero ni la imaginación más supersticiosa podía adivinar la serie de tragedias que iban a acompañar el viaje del «Groenland».

Capítulo V

EL Escudero Y Los Náufragos

En la cala de los cuchilleros, el mestizo esquimal Frosby, de mal humor porque no había vuelto a ver al que se había atrevido a burlarse de él, examinó a los reunidos, buscando un novato en quien desfogarse.

Vio un adolescente que trataba de hacerse el hombre, bebiendo el ron que le servía un viejo curtido.

—Hola, nene… ¿Te dejó mamá venir sin bufanda? —preguntó el grueso mestizo, dándole un papirotazo.

El muchacho alzó la cabeza, replicando:

—Mi abuelo fue ballenero, mi padre también, y aunque tenga yo dieciocho años, tengo más agallas que un tiburón. Soy flaco, pero sé boxeo y no soy manco.

Frosby rió y brutalmente agarró por el cuello del jersey al muchacho, que enrojeció de furor, al ver que no podía, librarse del zarandeo al cual le estaba sometiendo el mestizo.

Y de pronto, Frosby soltó al novato, mirando atónito, como si sufriera una alucinación, al que acababa de darle un empujón, a la vez que le decía.

—¡Eh, gordo! Suelta al chaval.

Frosby se encaró con Stanley Stork, que era quien acababa de descender a la cala, e hizo con las manos un gesto, frotándose las yemas arriba y abajo, como si se quitara motas de polvo.

—¡Increíble! Tú aquí, con las ganas que te tenía… ¿Eres tú el papá de la criatura?

—Pesas mucho y si quieres darle la novatada a alguien, elige a

uno de tu talla.

—A ti mismo, ya que te sientes con ganas de calor. Y te prometo, que vas a lamentar haberte metido en mi camino.

Los demás se acomodaron en sus literas, para presenciar cómodamente la pelea.

—¡Diez dólares por Frosby! —apostó uno.

—¡Van diez por el novato!

Stanley Stork se había desprendido del chaquetón que tendió al muchacho.

—Quedas nombrado mi segundo, chaval. Me llamo Stork.

—¡Media paga por mi amigo Stork! —chilló agudamente el adolescente.

Frosby reía arremangándose, pero sus estrechos ojillos, contemplaban con fruición de gato gordo a Stanley Stork.

Retrocedió unos pasos, para permitir que las apuestas se formalizaran entre los cuchilleros de la cala.

—¿No va más? ¿No hay más apuestas? ¿Listos? —apremió, ansioso.

Se pasó la lengua por los labios, crispando los nudosos y gruesos puños, de nudillos curtidos en muchas peleas.

Stanley Stork pensó en que, si pese a lo que decía el doctor, en aquellos mismos momentos un diminuto Stork emitía su primer gemido.

Frosby agachó la cabeza, preparándose a embestir.

Oyéronse unos pasos recios, y un maestro arponero entró, y quitándose el gorro, exclamó:

—¡Quietos todos! ¡El capitán!

Ernest Javert juzgó la situación en una ojeada. Vio el mazo de billetes de a dólar en manos del que oficiaba de apostador.

—Pronto empezáis, cuchilleros. Tú deberías ya saber que no quiero peleas a bordo, Frosby, cochino hijo de perro esquimal y foca loca. Hay una barra para aherrojar y hacer meditar a las cabezas calientes, y lo que es mejor, ¡le parto el alma al primero que se pelee! ¿Quién empezó la pelea, apestosos bellacos?

Su acento francés, hacía rodar las «erres» como redobles, de tambor. El muchacho, tragando saliva, avanzó un paso, llevándose la mano abierta al borde del peludo gorro.

—¡Yo fui, mi capitán!

No pudo evitar un gallo… y Stanley Stork rió.

El capitán Javert miró con una ceja en alto y la otra, tensa hacia abajo al agente federal. El caballete de la rota nariz del capitán se frunció mefistofélicamente.

—¡Explícate, grumete del diablo, o vas a trabar conocimiento en tus fondillos con la puntera de mi bota!

—Es que… el amigo Frosby me hizo una broma de novatada, mi capitán, y yo le aposté a que no se atrevía a meterse con el novato Stork.

—¡Eso es, eso es, mi capitán! —aprobó rápidamente Frosby.

—¡A callar perro esquimal! ¡Tú, Stork, por novato, te salvas de la paliza y la barra! Pero ojito conmigo, mucho ojito. Recoge tus cosas y sube a mi toldilla, dentro de cinco minutos a más tardar. Sí, es a ti, a ti, carne de patíbulo —y miró con malévola expresión a Stork.

El capitán Javert echó otra ojeada circular, y escupió en el suelo:

—¡Reposo, hatajo de pillos!

Cuando, sus pasos dejaron de oírse, el esquimal Frosby rió:

—Estuviste bueno, muchacho. Estuviste bueno. No eres un chivato, y se ve que tu padre y tu abuelo fueron balleneros de los buenos. En cuanto a ti, Stork, cuando toquemos tierra, ya nos distraeremos un poco, rompiéndonos la cara, para que los demás puedan ganarse sus apuestas.

—¡Valiente pedazo de cachalote está hecho el capitán! —dijo, silbando entre dientes, Stork, mientras recogía su saco.

—No es mal hombre —comentó un cuchillero—. Lo que pasa es que lleva desde los doce años en balleneros, y tiene ya treinta y nueve años. Pero no es mal hombre.

En cubierta, Stanley Stork dirigióse hacia la toldilla, con el saco al hombro. El barco, emproado hacia mar abierta, cabeceaba vigorosamente.

Apoyado en el reborde de la balaustrada, el capitán Javert llamó:

—¡Sube, tú, novato!

Stanley Stork obedeció y miró sin gran simpatía a Javert. Para él, aquel marinero era un cómplice en la fuga del canalla Norton, el ser incalificable que había estrangulado un bebé en su cuna…

—¡Reposo! Deje usted el saco en cubierta, Stork. Si abajo le traté

algo duramente, es que delante de los otros no puedo tolerar relajamientos de disciplina. Por lo visto, es usted amante de pelear.

—Si me buscan, sí; capitán.

—¿En qué cascos estuvo?

Citó Stork los dos balleneros en que había prestado servicios.

—¿Qué tiempo hace que conoce a mi hermana, la señorita Hazel?

—Aproximadamente, una hora.

—Ya… Atienda bien a lo que le voy a decir. Yo no puedo estar permanentemente siguiendo los pasos por mi casco de la señorita Hazel. Llevo a bordo hombres rudos, groseros, que pueden perder los estribos. Usted dará completa escolta a mi hermana. No oponga reparos. Veo en usted más clase que en los demás vulgares marineros. Vaya al tercer puente, y llame a la puerta de cámara. Por las noches, dormirá usted en la cabina del cocinero. Así estará en el tercer puente. Puede irse.

Stanley Stork se marchó, y poco después llamaba a la puerta indicada. Apareció Hazel Javert, que sonrió al ver al federal.

—A vuestras plantas, mi dama, que ante vos está vuestro escudero. El cargo es envidiable, aunque me enrolé para cazar ballenas, no para darle escolta a una señorita.

—Mi hermano me impuso esta precaución, y, naturalmente, pensé que usted, que ya ha demostrado ser caballeroso y buen luchador, no tendría inconveniente.

—No lo tengo. Se respira más agradablemente.

—Gracias. Ahora estoy arreglando mí ropa, y después me acostaré, porque estoy fatigada. Mañana nos veremos. Buenas noches.

En la cabina del cocinero, Stanley Stork pensó dos cosas simultáneamente: que Hazel Javert era muy bonita y peligrosamente atractiva, y que el ser su «escudero» le daba ocasión de estar rondando los puentes, donde, a no tardar, se tropezaría con Norton, Gardini y Palmer.

* * *

En los helados parajes de la bahía de Hamilton, de la península de Labrador, había una factoría peletera, compuesta de tres

cabañas, sólo habitadas cuando regresaban de sus largas expediciones los cazadores de nutrias, zorras blancas y focas.

Un día antes de la fuga de Norton, llegaron a la factoría nueve hombres. Iban a bordo de una larga lancha ballenera.

Quedaron tres a bordo, mientras los otros seis se dirigían hacia las cabañas sin habitantes. El lugar poblado más cercano distaba doscientas millas, y era un conjunto de ocho cabañas, dos de ellas ocupadas por un pequeño destacamento de la Policía Montada.

El primero que entró en una de las cabañas era alto, ancho, pero fofo, y de rostro blandamente repulsivo.

Todos ellos vestían como los balleneros. Fueron sentándose en los rústicos escabeles. El de rostro grasoso, habló:

—Estoy bien documentado. Por acá sólo asoman de vez en cuando algún que otro cazador que viene a traer sus pieles, y espera a los otros. Pero no es ahora el tiempo. Por lo tanto, estaremos a solas hasta que el «Groenland» llegue a la altura convenida.

—Eso es lo que no comprendo, jefe. ¿Cómo, desde aquí, podremos llegar a bordo del «Groenland»?

—Gardini lo tenía todo bien planeado. Va a ser nuestro gran golpe. Estas cabañas tienen un puesto telegráfico. Y Corrigan, que va a bordo del «Groenland», me comunicará su posición a la hora convenida, en que disten diez millas de esta bahía.

—Sigo sin comprender, jefe. Tú fuiste piloto y…

—Los balleneros, para cubrirse del fuerte viento, remontan a sesgo, y al amparo de esta península, hasta la altura del cabo Chidley, en el paralelo 63, desde donde parten navegando entonces rectamente hasta el cabo Farewell, la punta meridional de Groenlandia. Pasan, pues, a unas dos millas de esta bahía. Y Corrigan me avisará, porque acordamos una onda especial de contraseña.

—Ha sido un buen plan el tuyo, jefe.

—Gardini sacó las castañas —dijo, riendo, el «jefe» de la banda, llamado Spider Long—. Se encargó de facilitarle la fuga a Mark Norton, que ahora habrá ya cargado a bordo sus millones. Me lo explicó todo Corrigan, que me es fiel.

—¿No desconfiarán, jefe?

—Gardini no me conoce. Nosotros operábamos en otra ciudad. Y todo saldrá fácilmente, porque la ley del mar es muy hospitalaria

para unos pobrecitos náufragos.

* * *

A bordo del «Groenland», el pistolero Corrigan se había hecho amigo del telegrafista.

A la mañana siguiente de zarpar, el frío cortante convirtió a los tripulantes en voluminosos fardos ambulantes. Aparecieron las altas botas de agua forradas por dentro con pieles, los zahones, las largas pellizas canadienses, los tapabocas y los gorros de lana.

Soplaba ya el *blizzard* del Labrador, que acuchillaba las carnes, y las aguas iban convirtiéndose en densamente azules, y transparentes.

Los cuchilleros turnaban en puestos, por grupos de cuatro, junto a los cinco cañones, arponeros del ballenero, Eran instruidos los novatos en su cometido.

Bañándose en barriles llenos de grasa estaban enroscadas las grandes ruedas de sogas, uno de cuyos extremos era el arpón que sería cañoneado contra la ballena avistada, y el otro se enrollaba alrededor del torno, cuyas vueltas estrecharían o alargarían la distancia, según se cansase antes o después el cetáceo arponeado.

En las grandes lanchas colocadas a babor y estribor, y dispuestas para ser arriadas en el momento preciso, tomarían su sitio los arponeros de mano.

Acababa de amanecer, y, ya tomado el café, arponeros y cuchilleros esperaban la orden de entrenamiento, para estar constantemente en disposición de actuar, apenas apareciera el codiciado monstruo.

Un escocés, acompañado por las palmadas de los demás, que así se calentaban las manos, bailaba una desenfrenada jiga, cantando a la vez, entre resoplidos:

«Al mirar hacia atrás a mi caliente casita,
los lagrimones inundaron mis ojos,
porque pensaba en mi chiquita redondita,
que se quedaba sola y a sus antojos».

La alegría brutal de aquellos marineros gustaba a Stork porque era reconfortante y bien distinta a la complicada mentalidad de un Mark Norton o de un César Gardini.

Acodado en la barandilla del puente de toldilla vio subir por la cala a Mark Norton, César Gardini y Jerry Palmer, seguidos por otro desconocido, que era Corrigan.

Llegaba también el maestro arponero, que, sentándose en el sillín del cañón de babor, explicó:

—Vosotros, los cuchilleros, empezaréis a trabajar, si aparece una ballena y logramos izarla. Descuartizar el animal es trabajo duro y muy importante. ¿Qué quieres preguntar, chaval? ¿Cómo te llamas?

—Me llaman Melvyn Mortimer, señor. ¿Por qué nos llaman cuchilleros, si trabajaremos con hachas?

—En tiempos de tu abuelo y padre, usaban los cuchillos grandes, pero pronto se desollaban. Las hachas dejan más tiempo a las palmas para endurecerse.

El capitán Javert paseaba por entre los grupos.

De pronto, Jerry Palmer dio un fuerte codazo a Gardini. Estaba demostrando tanta estupefacción, que, sin hablar, bastó para que Gardini mirara hacia donde miraba Palmer.

Parpadeó, entornando los ojos, para mejor escrutar. Mark Norton, sentado a su lado, miró también hacia la toldilla, donde Stanley Stork fingía no darse cuenta de que estaban observándole.

El capitán Javert tocó con el pie las sentaderas de Palmer.

—¡Escucha las explicaciones de maniobra, atún! —vociferó.

Pero se dio cuenta de que debía ocurrir algo anormal, por las discretas señales que le hacía Gardini.

Con su torrente de voz, exclamó:

—¡Vosotros tres, venid conmigo! ¡Sí, vosotros tres, gandules! Os voy a explicar lo que les sucede a los que no prestan atención a lo que les enseñan.

Gardini, Palmer y Norton, señalados, por el recio índice del capitán, fueron tras él hasta el cuarto de bitácora, de donde despidió Javert al segundo piloto.

—¿Qué sucede?

Apresuradamente, Jerry Palmer manifestó:

—¡Está a bordo Stanley Stork!

—Claro que sí. Lo he enrolado. Sirve de custodia a mi hermana.

—Palmer quiere decir, capitán, que Stork es de Detroit —intervino César Gardini—. Y resulta evidentemente curioso que esté aquí. ¿Cuándo se enroló?

—Ayer al anochecer. Me dijo que fue ballenero y luchador.

—Sí. Ambas cosas las fue. Pero, ahora, ¿qué hace aquí?

—Lo esencial, a mi modo de ver —dijo Mark Norton—, es asegurarse de si el tal Stork estuvo en Detroit estos últimos días, o si, por el contrario, se encontraba ya en estas tierras cuando yo me evadí.

Ernest Javert arrugó el entrecejo.

—Si sospechan que es un policía, descarten tal idea. De haberlo sido, no hubiéramos zarpado, por cuanto nos habría invadido la Montada. Será casualidad que sea de Detroit, como ustedes tres. De todas formas, le vigilaré, y no pueden ustedes someterle a prueba. Yo no llevo a Mark Norton, sino a un marinero llamado Ted Stevens.

—Pero Stork nos conoce a nosotros dos capitán…

—Entonces, vayan a saludarle, cuando termine la explicación del maestro arponero.

—Si ha leído la prensa, que es lo más seguro, puede telegrafiar, al darse cuenta que Palmer y Norton están a bordo.

—Su compañero de usted, Gardini, el llamado Corrigan, se ha hecho amigo del telegrafista. Que él vigile a Stork.

—Lo hará, capitán, pero creo mejor quitar de en medió a ese Stork. Nunca le tuve simpatías —dijo Gardini.

—Oiga, Gardini, y grábese eso en el cerebro. Por un millón he facilitado la huida de este hombre, pero no se imagine que a mi bordo se mata a la gente que puede estorbar.

—No decía tal, capitán, sino, simplemente…, ponerle a seguro. ¿No hay a bordo una barra de castigo?

—Sí. La hay en un sollado, para los que se indisciplinan.

—¿Es provocar pelea, motivo suficiente para aherrojar a un marinero?

—Naturalmente.

—Entonces, para nuestra común seguridad, permítame lograr que Stork se indiscipline. No me tenía simpatía. Puede muy bien ser casualidad que esté a bordo, pero si ha leído la prensa, y ha visto la fotografía de Norton y sabe lo de la huida de Palmer, estaríamos en

peligro.

—Tiene razón… —admitió Javert—. Si Stork se mete a pelear, pasará al sollado de castigo. Pero recuerde, Gardini…, que no tolero violencias irreparables.

—De acuerdo, capitán.

Salieron los tres, regresando a sentarse en el coro que escuchaba las explicaciones del maestro arponero, asignando a cada uno su actuación y sitio en el caso de oír la tan esperada voz del vigía:

«*¡Ballena a la vista!*»

Stanley Stork, en el puente, paseaba, esperando que Hazel saliera. ¿Para qué habíanse reunido los tres en la cámara de bitácora con el capitán? Indudablemente Gardini y Palmer le habían reconocido, pero no podían sospechar que fuese agente federal. Nadie lo sabía…

Al dar vuelta en uno de sus continuados paseos del puente, vio acercarse a Jerry Palmer y a Gardini.

—¡Vaya, vaya! Quién lo había de decir, ¿verdad? El mundo es un pañuelo, Stork —dijo Gardini, sonriendo melosamente.

Ceñudo, Jerry Palmer limitóse a contemplar a Stork, que replicó:

—Ya os reconocí, pero no quería dar crédito a mis pupilas. ¿Qué hacéis a bordo de un ballenero? ¿Tan mal van las cosas, en Detroit?

—Tú lo sabrás mejor que nosotros, ya que estás aquí.

—Hace tiempo que falto de Detroit.

—Mientes, Stork —dijo, sonriente, Gardini.

—Cuidado, Gardini. Sabes que nunca te tragué, y si has venido a provocarme, vas equivocado. No quiero pelear aquí.

—Digo que mientes, porque… ¿no está la señora Stork a punto de dar herederos al nombre? Y no te ibas a ir de Detroit a no ser…

—¿A no ser qué?

—Tú lo sabes, cara de chivato —dijo, siempre sonriente, Gardini.

Stanley Stork saltó hacia delante, tendidos los brazos. Había olvidado a Palmer, al que consideraba un buen bruto incapaz, en la realidad, de ninguna traición…

Sus manos llegaban ya al cuello de Gardini, cuando recibió en el costado un fuerte puñetazo. Se dobló en sentido contrario, cogiendo a la vez el tobillo de Gardini, que le asestaba un puntapié alevoso…

Repitió Palmer su puñetazo, que dio en el vacío. Derribado

Gardini, Stork saltó sobre Palmer, abrazándole…

En el suelo, rodó Gardini para introducirse entre las piernas de Stork, que forcejeaba con Palmer, y se levantó repentinamente, campaneándolo.

Los dos a la vez quedaron montados sobre Stork, que logró empujar por el cuello a Palmer, mientras, con la otra mano aplicaba un golpe con el filo de la palma a la garganta de Gardini…

Acudían corriendo varios tripulantes, y al frente el capitán Javert, que vociferó:

—¡Agarradme a estos energúmenos!

Durante unos instantes, el puente se convirtió en un tablado de lucha. Por fin, Stanley Stork quedó sujeto por los brazos hacia atrás empuñados por dos maestros arponero.

Javert, aulló:

—¡Llevadle al sollado y metedlo en la barra! Le vi agredir a estos dos. ¡Pronto!

Comprendió Stork… Lo habían hecho caer en la trampa, no por sospechar que fuese federal, sino por temor de que reconociera a Mark Norton.

Empujado brutalmente por tres tripulantes, uno de los cuales le había ya atado las muñecas con una soga, descendió las escaleras, hasta que fue aherrojado a la larga barra de hierro con argollas, colocada al través entre los tabiques de un obscuro y maloliente sollado.

Poco después, descendía el capitán Javert, que se encaró con el que, sentado, estaba prietamente inmovilizado por las muñecas.

—Ya se lo advertí, Stork. No quiero peleas a bordo, y es innegable, porque lo vi yo mismo, que usted le saltó al cuello a Gardini.

—Me provocó, capitán.

—Las cuestiones se resuelven en tierra, no a mi bordo. Permanecerá usted aquí hasta que toquemos tierra.

Se encogió de hombros, Stork, y el capitán Javert subió a la toldilla, ya despejada, donde encontró a su hermana.

—Te has quedado sin escudero, niña.

—Has sido injusto, porque yo lo oí todo —replicó ella—. El alto, de cara de italiano, insultó a Stork.

—Lo insultara o no, aquí es castigado el que le pega a otro.

—Vinieron los dos a provocarle.

—Lo estás defendiendo con mucho calor.

—No es lo que imaginas, Ernest… A demás, Stork es casado. Oí como el italiano se refería a la señora Stork.

—Pareces sentirlo.

—Quizá. ¿Y qué vas a hacer con Stork?

—Tenerlo a hierro, hasta que toquemos tierra. Y no hablemos más de esto. Si quieres salir a pasear, te nombraré otro escolta. Estos dos mismos son luchadores.

—Prefiero quedarme encerrada, sí ha de continuar preso Stork.

—Como quieras. Comprenderás que la ley es la ley a bordo.

—Serán necedades, Ernest, pero hay algo raro en todo. ¿Por qué Gardini le llamó «cara de chivato» a Stork?

—Bah… Son expresiones que entre ellos se gastan. Anda, vete a tu cámara.

—Lo he pensado mejor, Ernest. Acepto la escolta del otro, del que tiene cara de gorila.

—No intenses ver a Stork, niña…

—¡Oh, no! La ley es la ley —sonrió ella. Estaba íntimamente apenada, por dos razones: porque Stork era casado, y porque ya no podía tenerlo por acompañante.

Y seguía pensando que algo raro sucedía a bordo del «Groenland». Su propio hermano, siempre tan claro y recto, tenía a veces una expresión huidiza en los ojos.

* * *

Al amanecer siguiente, Spider Long, en la bahía de Hamilton, puestos los auriculares, escuchaba atentamente. Cuando dejó de oír lo que le estaba comunicando desde el «Groenland», Corrigan, avisó:

—¡Preparados! A la lancha. Tengo ya situación exacta y la velocidad del «Groenland». Y queda claro. Las lacrimógenas para los de las cámaras, porque ellos son los que nos dirán dónde han escondido los millones. A los demás, arrasarlos.

En la mar, Spider Long se envolvió prietamente en varias mantas, mientras consultaba frecuentemente su sextante y una carta marina.

Cada uno de los nueve hombres de la banda llevaba atravesado ante el cuerpo, introducido el cañón en la pernera, y la caja y culata ante el pecho, un fusil-ametrallador.

Era imposible adivinarlo envueltos como estaban en las ropas de todas clases con que en aquellas latitudes los hombres tratan de no perecer congelados.

CAPÍTULO VI

EL PLOMO, DUEÑO Y SEÑOR

La neblina iba deshaciéndose lentamente, girando, en volutas blanquecinas. Un pálido fulgor solar doraba con tintes amarillos, la cubierta del «Groenland».

Los del turno de guardia comprobaban, por rutina obligatoria si las largas sogas estaban suficientemente engrasadas.

Uno de ellos era Melvyn Mortimer, el adolescente, y era su compañero de guardia el mestizo Frosby.

—¿Qué te pasa, Melvyn? Estás tristón —comentó Frosby, que, como la mayor parte de los brutos, tenía el fondo noble, y estaba muy agradecido a la actitud de Melvyn Mortimer, al no delatarle al capitán, diciendo que le había zarandeado.

—Estoy pensando en Stork, allá abajo en el sollado.

—Le está bien empleado. Si es que es un caso… Se pelea hasta con su sombra. Dicen que se lanzó contra los dos luchadores, y que si no intervienen otros, los hace papilla. Es un tipo duro… ¿Qué te pasa ahora, muchacho?

Melvyn Mortimer habíase colocado las dos manos llenas de grasa, encima de la frente, a modo de visera, para gritar, al cabo de un instante, con frenesí:

—¡Una ballena, una ballena!

Veíase en el horizonte una línea obscura, a ras de agua, negruzca, a unos trescientos metros a babor, y algo blanco, que semejaba un surtidor a un extremo de la línea obscura.

El vigía, en la torreta del palo mesana, ahuecó la voz entre sus dos manos, gritando:

—¡Lancha ballenera a la deriva, dos puntos al Este!

Frosby miró a Melvyn. Mortimer, que se había sonrojado.

—No hay porqué avergonzarse, chico. Pudo ser una ballena. Lo que te pareció el chorro de agua que echa la «gorda», es una camisa o un trapo blanco que los náufragos han colocado al extremo de un palo. Tienes muy buena vista, Melvyn. Oteaste la lancha antes que el vigía.

El capitán Javert, desde el puente, y con ayuda del catalejo, fue contemplando la lancha ballenera, y ordenando las maniobras para permitir su recogida.

En un rincón, el *gangster* Corrigan mordíase las uñas, nerviosamente. Todos los demás, se apiñaban en la borda, cuando los cables y garfios lanzados desde cubierta fueron asidos por varios de los nueve ocupantes de la lancha, que diez minutos: antes Spider Long había dejado sin combustible, inutilizando el motor.

Sirviéndose de dos tornos, izaron la lancha y su carga humana. Al pisar cubierta, se destacó Spider Long.

Enfrentándose con el capitán Javert, le saludó al estilo ballenero, llevándose la diestra a la frente, con la palma hacia, fuera.

—Náufragos del ballenero «Umanak», de Belfast, estrellado anoche contra un *iceberg* a la altura de Cairn. Soy el piloto y arponero Spider Long, y estos ocho hombres eran cuchilleros. Tuvimos la suerte de encontrarnos en la lancha que necesitaba un calafateo, y a eso debemos la vida, capitán, porque la fuerza del choque, rompiéndolo todo, precipitó la lancha a una treintena, de metros fuera del «Umanak», que tuvimos el pesar de ver hundirse casi en el acto, abierto en dos mitades.

—Usted es americano —replicó Javert.

—Sí, capitán. De Chicago.

—¿Cómo no trataron de llegar a la costa? Dista sólo dos millas.

—Estábamos intentándolo, cuando el motor falló.

—Lo siento, pero ya conocen la ruta, y no puedo apartarme de mi camino hacia Islandia.

—Mejor así, capitán. Estaremos más cerca de nuestro puerto de salida.

—Podrán ocupar la cala de «reserva», vacía porque aun no hemos avistado ballena. Vayan a la cocina, y recuerden que hasta

tocar tierra, después de Dios, sólo yo mando a bordo. Cuando hayan llenado el buche, vengan a mi cámara, para que les tome la filiación, en cumplimiento de mi diario de a bordo.

Marcháronse Spider Long y los ocho restantes, pronto rodeados por los ávidos de hacer preguntas.

Tras el capitán Javert se encaminaron César Gardini y Mark Norton.

—No me gusta este tipo llamado Spider Long, capitán.

—Usted desconfía demasiado, Gardini. Son unos náufragos. Nada más, y es ley darles acogida.

—Desearía decirle, capitán Javert, que… —empezó Norton.

—Luego. Vayan a mí cámara, conmigo, mientras anoto la novedad.

A popa y proa se colocaron, respectivamente, cuatro de la banda de Spider Long, después de tomar café y ron.

Otros cuatro fueron, en dos parejas, hacia las dos salas de cuchilleros y arponeros.

Corrigan, el lugarteniente de Gardini, acompañó a Spider Long hacia la toldilla, por cuyo puente paseaba Hazel Javert, en compañía de Jerry Palmer, que la seguía a tres pasos.

El capitán Javert escribía, y Mark Norton y Gardini se levantaron cuando, tras llamar, entraron Corrigan y Spider Long.

—¿Qué quieren? —preguntó Javert.

—Mis compañeros dicen que pueden serle útil, capitán Javert.

—No cobro en trabajo la ayuda a náufragos. Usted, ¿qué hace aquí, Corrigan?

—He sido relevado, mi capitán, y deseo comunicarle una noticia. En estos momentos…

Era la señal convenida. Spider Long retrocediendo al igual que Corrigan, tiraron contra el suelo dos bombas lacrimógenas.

Saltaron hacia atrás, cerrando la puerta, dejando en el interior de la cabina a tres hombres tosiendo, llorando y cercanos al inminente desmayo entre la humareda narcótica y quemante del gas mostaza…

Jerry Palmer empujó violentamente a Hazel Javert hacia su cabina, cuando vio salir a Spider Long empuñando el ametrallador, seguido por Corrigan, que, al divisarle, lanzó con tino otra bomba lacrimógena, que, estrellándose contra la puerta abierta, inundó con

su gas el olfato de ella y de Palmer.

A popa y proa, los cuatro pistoleros sacaron sus fusiles y gritaron, a la vez que empezaban a disparar a mansalva, barriendo a los de guardia y maniobra.

En las dos escaleras de calas, los otros cuatro descargaban hacia los sorprendidos tripulantes de turno de reposo sus armas.

Un maestro arponero corrió hacia un cañón, para disparar su preparada y mortífera carga. Pero no llegó a tocar la culata. Spider Long, desde la toldilla, disparó, segándole por la cintura…

Tableteaban las ametralladoras, en concierto de muerte, segando vidas, y pronto en cubierta, en las dos calas, y en la sala de máquinas, los cuerpos tronchados por ráfagas certeras fueron cayendo en grotescas posturas.

La cuadrilla de asesinos, al cerciorarse de que no quedaba nadie con vida, aparte los gaseados de la toldilla, procedieron a la macabra labor de ir arrojando al mar los cadáveres.

Bajo la lona de una lancha, un muchacho horrorizado trataba de dominar sus sollozos, ocultando el rostro en el ancho pecho del mestizo Frosby. El inicio de la matanza les había sorprendido a ambos embreando las junturas de la lancha en que se hallaban.

Tras unos instantes, y cuando cesaron de oírse los lúgubres impactos de los cadáveres al hundirse en el mar, Melvyn Mortimer, pegados, los labios a la peluda oreja del mestizo, susurró:

—Tenemos que vengar a nuestros compañeros, Frosby.

—No podemos hacerlo, Melvyn.

—Tú eres fuerte como un toro, Frosby.

—Pero estos malditos asesinos cobardes tienen fusiles ametralladores… A callar ahora, que lo que debemos hacer para poderles vengar a los muertos es salvar nosotros la piel. Si se acerca alguien, y le da por registrar las lanchas, estarnos perdidos.

—No…, no habrán, ido al sollado de castigo, Frosby, y allí está Stork. El sollado está debajo de esta lancha, Frosby. Yo puedo deslizarme por el costado y entrar por la lucarna del sollado. Libertamos a Stork, y él con nosotros…

—Ni lo pienses, Melvyn. Te verían y nos mataban a los dos. Calla, y aguantemos hasta que toquen tierra.

—¿Por qué, por qué esta matanza, Frosby?

—Serán piratas escandinavos que desearán esta nave. Yo no sé,

Melvyn… Calla, ahora, y no llores más. Sólo nosotros dos estamos vivos, y podremos denunciar lo sucedido.

* * *

Spider Long contempló como los ocho restantes baldeaban la cubierta, para quitar toda traza de sangre. Dijo:

—Ahora Corrigan, vamos a interrogar a la gente de toldilla. ¿Quién era la mujer contra la que lanzaste una «llorosa»? Es bonita de veras…

—Es la hermana del capitán.

—Un tesoro que no esperaba hallar a bordo… Vamos.

Llamó a otros tres, que procedieron a ir maniatando a los desmayados, reuniéndolos en la cámara, después de abrir los dos portantes y las lucarnas, para ayudar a que acabara de despejarse el ambiente.

Spider Long había parado las máquinas, y al timón, estaba uno de los *gangsters* conocedor del arte náutico.

Sentados en un banco estaban juntos Gardini, Norton y el capitán Javert, adosados contra el tabique. En el otro, Jerry Palmer y Hazel Javert.

Corrigan procedió, con Spider Long, a colocar encima de las cabezas de los intoxicados provisionales trapos empapados en agua helada.

—Hay que reforzar las ligaduras en las muñecas del capitán, de Gardini y de Palmer, podrían romperlas al despertar… ¿Van a tardar mucho en abrir los ojos, jefe? —preguntó, nerviosamente, Corrigan.

—Acaso cinco minutos.

* * *

—Tú eres fuerte, y valiente, Frosby, y a nada le tienes miedo.

—El plomo, con una sola onza, acaba con el más decidido. Esta cuadrilla de infernales asesinos nos acribillarían si saliéramos de aquí. Debes darle gracias al cielo por estar vivo, muchacho. Y no me atosigues más, porque yo no soy un necio temerario.

—Hemos, visto como mataban a todos nuestros compañeros, Frosby.

—Ha sido horrible, y estoy tan soliviantado como tú mismo, pero nada pudimos hacer.

—Tenemos que vengarlos, Frosby.

—Sí, pero calla, y aprende, que te faltan años para acomodarte a la realidad. ¿Cuál es la realidad? Que a bordo es dueño y señor el plomo contenido en una decena de fusiles ametralladores. ¿Qué estás mirando, demonios de muchacho?

Alzando un poco el borde de la lona atada a la lancha, Melvyn. Mortimer miraba por la rendija. Fue diciendo:

—Dos han entrado en la cámara. Otros tres, están en la puerta de babor. Uno al timón. Y los otros cinco están en el castillete. No me pueden ver si me dejo deslizar. Tú me cogerás por los tobillos, y yo así alcanzaré la lucarna del sollado de castigo.

—Te digo que no. A callar, y quieto.

En la barra, Stanley Stork deshacíase en enigmáticas preguntas que no podía contestar, desde que oyera las estruendosas ráfagas que identificó como procedentes de fusiles ametralladores.

Había intentado todo lo humanamente posible para liberarse de las argollas, pero estaban construidas de modo que resultaba imposible todo esfuerzo.

Pensó si César Gardini había decidido hacerse dueño del barco. ¿Qué hacía con él Jerry Palmer? ¿Por qué éste le había ayudado a conseguir la evasión de Mark Norton?

Y también pensó en Hazel Javert. No creía en los flechados, y, sin embargo, apenas la había visto, sintió algo extraño, inefable.

Oyó un roce como de roedor, y miró hacia la lucarna que filtraba luz y aire en el sollado de castigo. Le parecía haber visto un rostro allí, un rostro fantástico, increíble, bamboleándose como un péndulo.

Vio unas manos aferrarse a la ojiva, y comprendió que era Melvyn Mortimer, cabeza abajo, en posición difícil, porque estaba suspendido por los tobillos…

Restablecióse la normalidad en el semblante del muchacho cuando este introdujo por la lucarna el busto, y con esfuerzos logró resbalar hasta el interior, donde quedó unos instantes arrodillado, resoplando, y diciendo, anhelosamente:

—Soy yo, Stork. Ahora… veré… si puedo liberarle… Han matado a todos… unos asesinos que se fingieron náufragos…

—Pronto, chaval. Quítame el cepo. La llave cuelga de aquel tabique. ¿Cuántos son los que han atacado el barco?

—Diez, y llevan fusiles ametralladores. Sólo nos hemos salvado Frosby y yo… Una matanza horrible —fue diciendo, mientras introducía la llave en la barra-cerrojo, que ensartaba los vástagos de las argollas.

* * *

La nerviosa energía de Mark Norton fue la primera en reaccionar. Vio a Corrigan, en pie tras Spider Long, sentado junto a la mesa, sobre la que ostensiblemente hacia colocado su fusil ametrallador.

Examinó el multimillonario, a les demás desvanecidos. Le interpeló Spider Long.

—Usted es Norton, y seguirá con vida, tan pronto me entregue los millones. Para evitarnos perder el tiempo, registrando metro por metro, díganos dónde está el dinero. Cuando lo tenga en mi poder, abandonare el barco con mis hombres, y podrán ustedes seguir el viaje.

César Gardini abrió los ojos enrojecidos. Tosió, dominando sus náuseas.

—Te gané, Gardini. Tú me sacaste las castañas del fuego, y ahora voy a quedarme con el dinero. Un buen botín.

—Le haré observar —dijo, tranquilamente, Mark Norton— que nos dirigimos al lugar donde tengo el dinero. Puede registrar todo el barco y verá que se anticipó al asaltar la nave.

—Ya hablará el capitán —dijo Spider Long, levantándose.

Se colocó delante de Javert, al que cogió por el cabello, sacudiéndole la, cabeza, mientras le decía:

—¡Eh! Espabílese, barbudo. Usted hablará, o, de lo contrario, verá convertirse en una criba a su preciosa hermana. Una criba lenta. El primer plomo en un brazo, y así sucesivamente… hasta que me digan dónde está el dinero.

El pie de César Gardini se disparó hacia arriba, y, alcanzado, Spider Long se dobló hacia delante, con un gemido…

Con las muñecas atadas, César Gardini propinó un doble puñetazo en la nuca del hombre inclinado, y Spider Long se abatió cuan largo era. Corrigan se precipitó hacia delante, en alto su fusil ametrallador.

—¡No seas necio, Corrigan!… —gritó Gardini—. Amarra a éste, suéltanos a nosotros, y olvidaré tu mala faena.

Corrigan colocó el dedo en el gatillo, murmurando:

—Ya no mandas, Gardini. Te voy a quitar de en medio…

Hazel Javert, dilatados los ojos, miraba fascinada el lento encogimiento del dedo de Corrigan sobre el gatillo.

Ernest Javert se proyectó hacia delante como un búfalo. Su cabeza chocó contra el estómago de Corrigan, que estaba contemplando fijamente a César Gardini.

Bajó Corrigan la culata, a la vez que caía, y aturdido por el culatazo en el cráneo quedó Javert en el suelo…

—¡Mátalo, Corrigan! —aulló Spider Long, enderezándose lentamente—. ¡Trae acá mi fusil!

Claros y restallantes, resonaron en cubierta varios disparos… Spider Long, tambaleándose, dirigióse con Corrigan hacia el portante…

* * *

Libres las manos, Stanley Stork se levantó.

—Quédate aquí, chaval.

—Yo voy con usted.

—Trabajaré mejor a solas. Quédate aquí, y cuando te necesite te llamaré.

Subió Stork las escaleras, asomando la cabeza. Vio las espaldas de tres pistoleros en el castillete de proa.

Mirando en rededor, vio los arpones de mano, y eligió uno el que tenía un remate en forma de triple anzuelo, y una esferita, que era la carga explosiva destinada a explotar cuando el anzuelo penetraba en la carné de la ballena.

Había manejado el pesado arpón, en cuyo mango se enrollaba la larga soga. Se arrastró sobre las manos y rodillas, pasando tras varios barriles, hasta que cogió el arpón explosivo.

Lo tenía ya asido, cuando uno de los tres pistoleros se volvió y le

vio.

—¡Un hombre, allí! —gritó, a la vez que disparaba.

Stanley Stork se ocultó tras un barril. Tenía que calcular certeramente su lanzamiento. Era su propósito arponear al pistolero que estaba más próximo y arrastrarlo para arrebatarle el arma.

Voló en astillas el cerco de un cercano barril, desparramándose la grasa, que contenía.

—¡Está tras estos barriles! ¡Venid vosotros!

Los que estaban junto al timonel acudieron, resguardándose tras todos los salientes de la estructura.

Alzóse de pronto Stork con el arpón en alto y lo lanzó con todas sus fuerzas…

Dos ráfagas de ametrallador barrieron el aire donde un segundo antes se erguía. El pistolero, alcanzado en pleno pecho, estalló… y su fusil cayó al suelo.

Fue Stork volcando los barriles, que vertieron su aceite por la cubierta. Resbalaron por las manchas dos pistoleros…

En un salto prodigioso Stork se abalanzó sobre uno de ellos, asiéndole el fusil, y levantando en vilo al hombre, que se sacudió al recibir en su cuerpo las descargas dirigidas contra el que le empuñaba como parapeto, sirviéndose del fusil como izador.

Corrió amparado por la blindada chapa que rodeaba la base de un cañón arponero, y manejó en la culata. La boca del cañón, al girar, obligó a retroceder a los pistoleros.

Apuntó con su fusil Stork hacia el timonel, disparando. Quedaban siete contando a Corrigan, que en la tablilla se parapetaba tras un tubo de ventilación.

Spider Long, gritó:

—¡Rodeadle! Id a los cañones… ¡Las lacrimógenas, Buddy!

Disparó Stork el cañón y el arpón silbó estridentemente, yendo a clavarse en el que, agazapado, corría en busca del saco de las granadas lacrimógenas.

Y Stork recurrió a un ardid.

—¡Eh, James! ¡Dispara el cañón de popa! ¡Tú, Johnny, el de babor!…

En la lancha, Frosby apartó un poco la lona, asida fuertemente, en la diestra una cabilla de hierro.

Creyó que Johnny, el escocés, y James, el irlandés, no habían

muerto y estaban ayudando a Stork.

Vio cercano a un pistolero que, arrodillado, apuntaba hacia el cañón tras el que se parapetaba Stork.

Nadie miraba hacia su lancha. Asomó el busto y con todas sus fuerzas se inclinó para caer, a la vez que asestaba un cabillazo, sobre el pistolero.

Con el fusil ametrallador en su poder, se agachó en el sitio donde, ahora yacía el pistolero, roto el cráneo…

Gritó, entusiasmado:

—¡Duro, Stork, a ellos! ¡Soy Frosby! —Y empezó a disparar contra los otros dos, que no esperaban un ataque por la espalda.

Se hallaba bajo el puente de la toldilla, invisible para Corrigan y Spider Long.

La confusión alarmada se apoderó de los pistoleros, que, disparando a ciegas, corrieron hacia la cala central.

Cogidos entre los fuegos de Stanley Stork y Frosby, fueron barridos.

—¡Bravo, Frosby! —gritó Stork—. ¡Vamos ahora por los de toldilla! ¡Quédate donde estás!

Spider Long, lívido de furor, ordenó:

—¡Vete a buscar la muchacha y tráela, Corrigan! Nos servirá de parapeto…

Stanley Stork se deslizó por la escotilla de cala a popa, recorriendo a toda prisa el pasadizo interior, hasta salir a la escalera que conducía a las cocinas de toldilla.

Cuando emergía al puente, vio a Corrigan de espaldas, empujando hacia la borda a Hazel Javert aterrorizada…

Si disparaba, podía herirla. Corrigan la mantenía delante de él, pasándole los dos brazos bajo las axilas, y forzándola a avanzar.

Con felino apresuramiento, Stanley Stork llegó a espaldas de Corrigan, y descargó un culatazo contra, el cráneo del pistolero.

Cayó Corrigan, quedando inerte encima de Hazel Javert… Spider Long, al oír el ruido, disparó, retrocediendo hacia el otro pasillo.

—¡Dale, Frosby! —gritó Stork.

Y entonces ocurrió lo inesperado. Melvyn Mortimer, sentado en el sillín del cañón arponero de estribor, apuntando con lentitud, apretó la palanca de disparo.

El largo y pesado arpón atravesó de parte a parte a Spider Long…

—¡Le di, le di, Stork! —exclamó, frenético, el muchacho.

Stanley Stork acudió a auxiliar a Hazel Javert, desmayada bajo el peso del cadáver de Corrigan. La levantó, llevándola a su cabina, donde la dejó sobre la litera, tras quitarle las ligaduras.

Frosby y Melvyn Mortimer subían la escalera. El muchacho se tambaleaba bajo el peso de los fusiles ametralladores que había ido recogiendo.

Stanley Stork entró en la cámara, precediéndoles.

—El barco es de nuevo suyo, capitán Javert, gracias a la valentía de Frosby y Melvyn Mortimer.

Ernest Javert tendió bis manos atadas. Por su nuca resbalaba la sangre. Procedió Stork a desatarle, explicando:

—Me libertó el muchacho.

—¿Mi hermana?

—Sana y salva, capitán. Pude llegar a tiempo.

—¡Vamos a la deriva! —exclamó Javert poniéndose en pie, y corrió hacia fuera, ordenando—: ¡Vosotros dos, valientes!… Venid conmigo…

Stanley Stork se encaró con César Gardini:

—Me jugaste una sucia faena, «Dago». Pero, gracias a ella, estoy aquí, y ahora, vamos a hablar. ¿Por qué me llamaste «cara de chivato»?

Jerry Palmer, masculló:

—Tú leíste la prensa, Stanley.

—Claro que la leí… ¿Y qué me importa a mí que vosotros dos, ayudarais a fugarse a Mark Norton? Me tiene sin cuidado; pero… supongo que me daréis unos cuantos billetes. ¿Qué opina, Norton?

—Indudablemente se los ha ganado usted, señor, y ahora su ayuda nos ha sido providencial. No reconocerlo sería injusto. Lo que sucede es que Gardini es propenso a desconfiar de todo el mundo.

—¿Sí? Pues mejor hubiese hecho desconfiando de Corrigan. Te voy a quitar las amarras, Jerry, y tú libera a Norton y a Gardini. Y en lo sucesivo, Gardini, si quieres que tengamos paz, no me provoques.

Salió Stork al puente, yendo a la cabina, donde encontró a Hazel Javert secándose el rostro ante el espejo.

—No sé si es usted más preciosa con los labios pintados, o así al natural.

Ella sobresaltóse primero. Después sonrió con cierta tristeza.

—¿Por qué tantos crímenes y esta matanza, Stork?

—Piraterías.

—Por segunda vez, le debo a usted agradecimiento, y ahora con mayor motivo, por cuanto estaba yo a punto de morir.

—Llámeme Stan y míreme; con buenos ojos. Esto es cuanto pido.

—Lo siento, pero si bien le tengo simpatía, no me agrada recibir homenajes de hombres casados.

—Bien hecho. ¿A quién se refiere?

—A usted. Oí como Gardini hablaba de la señora Stork. ¿Piensa negarlo?

—La señora Stork espero que sabrá concederme un robusto mocetón. Pero el papá es mi hermano Graham, que está en misión comercial por Asia.

Los ojos de Hazel Javert se iluminaron repentinamente, y Stanley Stork sintióse satisfecho de su soltería.

—Ha sido horrible todo esto, Stan…

—La aurora viene tras la más tétrica de las noches.

En cubierta, el capitán Javert contempló a los diez cadáveres alineados, que ayudado por Frosby había ido arrastrando.

Al timón, Melvyn Mortimer se sentía muy importante. Venían Gardini, Palmer y Norton, mientras Javert iba haciendo nudos corredizos con varias sogas…

Dijo con solemnidad, grave y lenta:

—Ley de mar es que perezcan en horca los que asaltan nave ajena. Serán colgados.

Poco después, izados por Javert y Frosby, colgaban los diez muertos de las vergas centrales.

—Ahora necesitamos tripulación. Iremos a un poblado esquimal.

—Bien, capitán —replicó Gardini—. Stanley Stork sabe ya todo lo referente a Norton.

—Pero es de fiar —dijo Jerry Palmer—. Y nos ha salvado el pellejo.

—Formará parte de nuestra asociación —decretó Norton.

—Allá ustedes. Pero sigo diciendo que Stork no me ofrece…

—¡Cállese! —atajó duramente Javert—. Su maldito Corrigan es

el responsable de lo sucedido, y, por tanto, es usted el menos calificado para dar opiniones. Iremos ahora al poblado esquimal, para poder seguir rumbo a Islandia. Me conocen en la tribu de Anekask, y me facilitarán los veinte esquimales que necesitaré para llegar hasta Islandia. Vayan ustedes tres a las máquinas.

En la toldilla, Hazel Javert apartó los ojos del lúgubre espectáculo de los diez ahorcados, y las recientes emociones contribuyeron a que no apartara su mano cuando quedó aprisionada en la diestra de Stork.

CAPÍTULO VII

EL FIN DEL «GROENLAND»

La costa muy recortada, con profundos salientes y entrantes, era una abrupta línea blanca, helada, cortada a pico sobre la honda transparencia azul.

El capitán Javert, al timón, llamó a Stanley Stork.

—No podemos anclar en las cercanías del poblado de Anekask. Iré yo con una lancha, acompañado del grumete. Usted se enredará con Frosby, y vigile. Le hablo así porque le tengo confianza. No quisiera que, en mi ausencia, su enemigo Gardini pretendiera apoderarse de mi casco.

—De acuerdo, capitán. Puede marcharse tranquilo. Déme la situación en que debo mantenerme al pairo. En cuanto a Gardini, le tengo el mismo aprecio que él me tiene.

Ernest Javert miró hacia las vergas.

—Que Frosby lance al mar a esta carroña. Y… le agradezco su intervención, que me permite seguir siendo amo de mi casco.

En la cámara, Norton, Gardini y Palmer preferían no salir, para no exponerse al frío cortante. En la suya, Hazel Javert seguía meditando que algo sucedía incomprensible para ella.

Poco después, en una lancha a motor, Javert y Melvyn Mortimer se dirigían hacia uno de los entrantes de la costa.

Amarró el capitán, y a pie, calzados con raquetas, ascendieron por una loma, hasta llegar a una planicie que abruptamente descendía hacia una cala, de límpidas aguas azules.

—Te portaste bien, grumete.

—Gracias, mi capitán —replicó, orgullosamente satisfecho, el

muchacho.

Se detuvo el capitán. Alrededor de la helada orilla de la caleta, se veían los iglús redondos y bajos, con la puerta a ras del duro suelo blanco, por la que a gatas penetraban los esquimales.

—Tenemos que esperar unos instantes, Melvyn —dijo Javert—. No nos perdonarían los esquimales si les espantábamos la caza, bajando.

Veíase a un esquimal que, arrastrándose por el suelo helado, vestido enteramente de blanca piel de oso, se iba acercando a la orilla. De vez en cuando emitía unos gritos discordantes, guturales.

—Está imitando a la hembra foca —explicó Javert.

En la estrecha lengua de mar, a escasos metros de la tierra blanca, dos grandes focas debatíanse juguetonas. Brillábales la negra piel, y sus hocicos puntiagudos husmeaban, porque les llegaba al olfato el intenso olor a sardina podrida, que dentro de los iglús los demás esquimales iban arrojando hacia fuera, para facilitar la labor del cazador.

—El cazador es A-marok, que significa «El Lobo». Es el mejor cazador que tienen. Seguramente no has gozado nunca de este espectáculo, Melvyn. Fíjate bien en lo que hace A-marok.

El esquimal que reptaba, el llamado A-marok, con su lanza, formada por un hueso de ballena rematado en un colmillo agudo de morsa, iba atrayendo sardinas de un grosor poco visto más al Sur, y llegó un momento en que quedó inmóvil, rodeado, como si fuera un montón más de nieve, por los azulados pescados cuyo olor atraía a las focas.

—En el agua le resultaría difícil, por no decir imposible, el pescarlas. En la tierra, las focas son de una torpeza grotesca.

Una de las focas apareció avanzando sobre el hielo, con manotazos que imprimían al grueso cuerpo un contoneo ridículo.

—Si A-marok no logra hincar la punta de su lanza en la abierta boca, se expone a lo que le sucedió a su hermano
Aola-yok
, que murió de vergüenza y pesar. Falló, y un coletazo de foca herida le rompió la columna vertebral. Hubiese podido sobrevivir, pero no luchó. Era ya un cazador deshonrado.

La foca se detuvo de pronto, alzando el largo cuello, y mirando en rededor con recelo.

Melvyn Mortimer tocó en el brazo a Javert, mostrándole la otra vertiente de la bahía, del poblado esquimal.

Parecía ser un montículo más de nieve, pero era un oso blanco, que inmóvil, observaba el negro cuerpo de la foca.

—No busca a la foca, sino al hombre, que adivina agazapado bajo la blanca piel. Es el riesgo que corre A-marok al vestir una piel de oso blanco.

De pronto, el animal de la otra cumbre, pareció saltar hacia el cielo. Su cuerpo hendió el aire, para, en vertiginosa caída, zambullirse en el agua helada.

—Le quiere cortar la retirada a la foca.

La foca retrocedió vivamente, y A-marok desistió ya de su trampa. Se puso en pie, corriendo hacia el agua, en alto su lanza.

La otra foca huía nadando velozmente. A-marok lanzó su arma, que, vibrante, se incrustó en el grasoso lomo…

La foca rugió, malherida, y, alzándose sobre sus patas posteriores, agitó las delanteras, en furiosos zarpazos.

A-marok quitóse del cinto el largó cuchillo, de asta de caribú. Podía ser para él la consagración, el día glorioso, su triunfo como cazador. Sabía que desde el interior de los iglús todos los ojos de la tribu de A-nekask le estaban contemplando. Si vencía, pedía considerarse el legítimo heredero de los colmillos de morsa en collar doble, distintivo de jefe de cazadores, que estaba, vacante desde la muerte de su hermano, porque hasta entonces ningún cazador había logrado piel más valiosa que la del débil caribú.

A pie firme esperó, con el cuchillo apoyado por la empuñadura sobre el pecho, aguardando el abrazo del oso, que ya apoyaba sus patas delanteras de largas garras sobre el borde helado y firme.

—¿Y lo van a dejar los otros que se enfrente sólo con el oso, mi capitán? —inquirió, estremecido, Melvyn Mortimer.

—Sería humillar a A-marok el ayudarle. Podría yo disparar mi rifle, pero, si bien salvaría la vida en peligro de A-marok, la tribu de A-nekask ya no me consideraría amigo.

El oso de sonrosado hocico gruñía sordamente, avanzando a cuatro patas, pero no directamente hacía A-marok, sino con un rodeo, como si pretendiera atacar a la foca, que, agónica, surcaba el suelo nevado con estrías sangrientas.

Se alzó sobre sus cuartos traseros, cuando distaba unos seis

pasos del cazador esquimal, quien seguía impávido, cuchillo en ristre ante el pecho, majestuoso en su soberbia pequeñez desafiante e intrépida.

La foca malherida emitió un agudo gruñido, y el oso blanco, con su instinto alertado, revolvióse en el mismo instante en que surgían del agua tres machos de reluciente piel y agudos colmillos.

A-marok quedó aún más empequeñecido, cuando los tres machos formaron un círculo aullante y agresivo alrededor del oso.

Desde lo alto, Melvyn Mortimer, maravillado, presenció como de los iglús, reptando y cubiertos de pieles blancas, salían algunos esquimales, arrastrándose y llevando en la diestra la lanza.

Fue una carnicería con reminiscencias, prehistóricas, la que por instantes mezclaba los negros cuerpos brillantes con el blanco pelaje del oso, y los saltos ágiles de los pequeños y forzudos esquimales, que querían impedir que los cuatro pesados animales regresasen al agua.

Cuando todo terminó, y quedaron inmóviles oso y focas, dos esquimales yacían también, rotas las espinas dorsales, y otro despedazado a zarpazos.

El capitán Javert, comentó:

—Creo que hemos llegado en momento poco oportuno, Melvyn. Esta gente no va a querer enrolarse, ahora que con la caza tienen dos meses de subsistencia asegurada. Pero veremos si mi prestigio les decide. Aunque ahora, más que nunca, el esquimal de la tribu de A-nekask se siente el verdadero señor de la nieve.

Descendieron la loma hasta el poblado de iglús, y Javert hizo su proposición a A-nekask. Los tres nietos del jefe de la tribu estaban confortablemente instalados en la espalda de sus respectivas madres, metidos en el «anorak» de piel impermeable.

Uno de ellos, de tres años de edad, fumaba en pipa el áspero tabaco de liquen y zumo de alga. Su abuelo le miraba de vez en cuando, posando en el crío fumador sus ojos pitañosos, con gran orgullo.

Aquel nieto que no le hacía ascos al tabaco sería un gran cazador. Y cuando así lo manifestó Javert, el jefe A-nekask se sintió inclinado a concesiones.

—Te conocemos, capitán Javert, y aunque me extraña que necesites «eskimos» para tu barco, te los doy para un solo viaje.

Pero con algunas condiciones, capitán Javert.

—Te las acepto de antemano, jefe A-nekask, porque sé que eres sabio y sensato.

—Sea cual sea la ruta que tomes, la primara ballena azul que aparezca pertenece a mis «eskimos», como premio a su voluntaria labor lejos de sus iglús.

—Las ballenas azules, jefe A-nekask, son poco abundantes.

—Pero hoy, el dios de la caza, Nernrod, está con nosotros. Irán mis «eskimos» contigo, porque tú no eres como el blanco y execrable enemigo del señor de la nieve, el «schlagoon».

Poco después, mientras con sus trineos veinte esquimales seguían las huellas de las raquetas del capitán Javert, éste explicó a Mortimer:

—El «schlagoon» es el blanco embustero.

* * *

Mark Norton, en la cámara, dijo, de pronto, con tono indiferente:

—No sería necesario ir a Islandia.

—Usted tiene allí sus ocho millones —replicó, ácidamente, Gardini.

—Pero en la mina hay un centenar de millones. Piénselo, Gardini, y ya que al zarpar seguiremos rumbo hacia el Norte, costeando todavía un par de días, podemos inutilizar al capitán Javert y dirigirnos a la mina. Creo que nos será fácil convencer a Stork para que nos ayude, y los cuatro formaremos un buen equipo.

—Podemos pensarlo —dijo Gardini—. ¿No te parece, Jerry?

—A mí ya todo me da igual, desde que en Detroit me convertí en un asesino.

* * *

Al crepúsculo, cuando ya los esquimales estuvieron a bordo, el «Groenland» remontó al Norte, siguiendo la ruta ballenera.

Fue a media mañana siguiente, cuando Melvyn Mortimer, en lo alto del mástil, y hundido en el barril de cofa, surgió de pronto

como un muñeco en su caja de sorpresas, gritando, estentóreo:

—¡¡Ballenas a la vista!!

El timonel, Frosby, apuntó con un índice grueso como un cable cierto punto del horizonte. El mar parecía desierto; pero fijando la atención, los esquimales, ya cada cual en su sitio, divisaban a lo lejos como una mancha más obscura, ondeando sobre las olas, y apareciendo para desaparecer inmediatamente.

El «Groenland» avanzó a toda máquina, y, en la cofa, erguido en su canuto, Mortimer, que había avistado los cetáceos, no perdía ya la huella formada por los remolinos, y cantaba los rumbos.

El capitán Javert se olvidó de todo, porque estaba apasionado. En un trozo relativamente pequeño del arco del horizonte, eran varias las aun invisibles ballenas que enviaban al aire el agua pulverizada por su fuerte aliento.

Todos los tripulantes estaban enfebrecidos ante la proximidad del monstruo. Tenían suerte. Las ballenas debían haber tropezado con un banco de peces, y estaban en grupo, procediendo a saciar sus enormes esófagos.

En la proa del «Groenland», sobre la plataforma de los dos cañones, se erguían ya las siluetas de los artilleros, aleccionados por Javert, que oteaban, el mar con una mano sobre los ojos y otra sobre la culata del arma.

Por la boca de los cañones asomaba ya el arpón, apercibido, sujetas sus púas con un bramante que se rompería al ser herida la ballena, y así las púas, libres, abriéndose en la carne, retendrían mejor al monstruo del mar.

Y, de pronto, Stanley Stork, que estaba en la lancha de los arponeros de mano, oyó un poderoso resoplido casi junto a la borda del barco.

El mar se había abierto allí, y por unos segundos el lomo gigantesco y la aleta dorsal aparecieron, para hundirse de nuevo.

Pasaron unos momentos de honda emoción, siendo el más impresionado Jerry Palmer, que por vez primera tomaba parte activa en la caza de una ballena. Todos los ojos estaban fijos en el mar.

Los artilleros, preparados ya, esperaban las órdenes del capitán, que, junto a ellos, aguardaba el momento propicio.

Por un instante, a unas cuarenta brazas de la proa, marchaban

cuatro ballenas como si remolcaran al «Groenland», surcando en su estela.

Pero los cañones tenían un alcance limitado por la extensión y el peso de la cuerda unida al arpón.

Las ballenas desaparecieron divididas en dos grupos. El barco evolucionó detrás de uno de ellos. La persecución duró unos minutos sin que se vieran las perseguidas.

Pero Javert y los esquimales sabían que estaban cerca y que volverían a la superficie de pronto. El vigía dio una voz, y Javert ordenó la maniobra pertinente.

Un artillero giró su cañón hacia babor, y el «Groenland» detuvo por un momento sus máquinas.

El gigante de los mares surgió, esta vez muy cerca, oyéndose su pavoroso resoplido que lanzaba a una altura de varios metros agua pulverizada, que se irisaba al sol.

Y entonces un fuerte estampido, una blanca nube de humo en la proa, y un remolino en el mar. El artillero vociferó, y algunos de los esquimales se afanaron en la maniobra necesaria.

La ballena había conseguido huir porque el arpón la había herido en las blandas carnes del vientre, y pudo desgarrarse, escapando con su monstruosa fuerza increíble, para quien no la ha visto en acción.

Reapareció ya muy lejos, en una furiosa carrera sobre las aguas. Unos cuantos segundos duró la visión del enorme animal enloquecido, volando entre espumas.

Volvió el artillero a cargar el cañón y siguió el «Groenland» a la otra ballena, que en ocasiones nadaba tan próxima al barco que se podía ver la mancha azulada que formaba al deslizarse entre dos aguas.

—¡Ballena azul! —gritó, alborozado, uno de los esquimales.

Ernest Javert empuñó él mismo el cañón, porque no quería exponerse a que un esquimal fallara el tiro.

La ballena azul era la que más aceite y grasas daba, y, además, tenía el riquísimo ámbar. La enfiló de través cuando el dorso surgió brillante y obscuro como de acero pavonado.

A la detonación, el enorme animal se sumergió, pero sobre el mar quedó una mancha sanguinolenta.

—¡Va herida! —anunció, triunfalmente, Melvyn Mortimer.

Junto a los carretes de hierro colocados a proa, unos esquimales largaron apresuradamente brazas y brazas de cable grueso y fuerte, unido al arpón por otro cable más delgado.

El «Groenland» corría ahora a toda máquina, en la dirección que el mismo cable tenso indicaba.

Era el momento que requería mayor pericia y donde era preciso vigilar atentamente y con rapidez los movimientos del monstruo herido, porque podía ocurrir que, deslizándose por debajo del barco, lo envolviera en el recio cable, y lo hiciera zozobrar con su prodigiosa fuerza.

De improviso, a media milla de la proa, se alborotó el mar, en un rompimiento hirviente e iracundo. La ballena se debatía en las ansias de la agonía, y sus aletas, y su cola, todo su cuerpo terriblemente vigoroso, golpeaban el agua elevando cortinas de espuma.

Grandes manchas de sangre destacaban su vivo color entre las blancas paredes de espuma. Se hundió de nuevo y tornó a surgir más cerca porque el barco avanzaba.

Era un surtidor lo que se escapaba detrás del formidable cráneo, pero un surtidor de sangre. Y por esto Stanley Stork no tuvo necesidad de remar en la lancha ya dispuesta a ser arriada, para acosar al animal herido que iba desangrándose.

No era ya necesario, porque el certero disparo del capitán Javert había herido de muerte al cetáceo, y la bomba que el arpón llevaba hacia la punta había estallado en el cuerpo del animal, destruyendo sus organismos vitales.

La ballena se debatía ya menos tumultuosamente. Y, después, el agua tornó a su sosiego. Sobre el mar quedó como un pequeño islote, el cuerpo de la muerta ballena.

Las cabrias de a bordo fueron lentamente halando del cable. Pronta la presa estuvo a un costado de la nave, al aire el blanco vientre, luciendo las grises estrías paralelas.

Fluía la sangre copiosa y espesa por la ancha herida, y se diluía en el mar. El «Groenland» estaba inmóvil en el centro de una gran mancha escarlata.

Los esquimales hicieron pasar hábilmente una cuerda bajo la cola de su presa, y, unida a esta cuerda, una ancha cadena, con la que se la sujetó a unos recios poyetes de hierro.

Entonces cortaron las aletas de la cola, que estorbaban la marcha, y se insufló aire al cuerpo del animal, que se fue hinchando, más monstruoso aun, y, remolcándola a su costado, el «Groenland» siguió la estela de las restantes ballenas.

Era una ocasión única la que se presentaba, y todos los esquimales estaban atareados hasta que el día fue cayendo. Era ya noche cerrada, y el vigía de relevo se guiaba, para divisar las ballenas perseguidas, por los blancos remolinos que formaban al aparecer.

En la sala de máquinas estaban Gardini, Norton y Palmer, atendiendo a los cuadros de presión.

Stanley Stork, complacido, vio acercarse bajo la rojiza luz de la linterna, a Hazel Javert, que se acomodó junto a él en la lancha, donde el agente federal estaba reposando.

Y también pensando cómo reaccionaría día cuando supiera que tenía por misión detener, entre otros, a su propio hermano, por cómplice en la fuga de Norton.

—Emocionante ha sido el día, Stan, pero todavía sigo enferma al recordar la matanza.

—Olvídelo.

—No puedo. Tiene que haber algo misterioso en todo esto, y, además, mi hermano está extraño… Y el que está siempre, con Gardini no tiene aspecto de marinero, sino de intelectual enfermizo…

El timonel gritó, empavorecido:

—¡Capitán Javert! ¡Nos atacan!

La exclamación galvanizó a todos. Quería significar que varias ballenas acudían juntas hacia el barco, tal vez atraídas por el olor de la muerta ballena azul.

En la sala de máquinas, Gardini, al enterarse de lo que podía avecinarse, apremió:

—¡Vamos a una lancha! ¡Pronto, Norton! ¡Corre, Palmer!

El luchador se encogió de hombros.

—Yo me quedo aquí, que hace menos frío. Ya me da igual morir… Soy un hombre perdido, a la deriva. Creí que fugándome…

Pero los otros dos ya no le oían, corriendo como estaban escaleras arriba, hacia cubierta.

Echando vaporosos resoplidos, tres ballenas emergían a veinte

metros a proa.

—¡Arriad lanchas! —ordenó Javert, y su grito fue repetido por todos.

Se presentaba el peor peligro para un barco ballenero. El de ser triturados entre los coletazos, y el peso de las ballenas que venían.

Y Javert dio la orden de arriar todas las lanchas, y abandonar la nave, porque acababa de divisar que una de las ballenas que acudían destilaba sangre por un flanco.

Era la que había sido herida primeramente. A popa se formó otro remolino, y surgieron dos más.

Las tinieblas lo envolvían todo, y, de pronto, el barco se elevó como si un puño gigantesco le golpeara en la quilla, por debajo.

Hazel Javert se abrazó a Stanley Stork, que soltó ya los garfios que retenían la lancha.

Las lanchas que no habían sido aun arriadas fueron proyectadas muy lejos. Zozobraron varias…

Stanley Stork, aferrado a la borda, y teniendo contra él, en apretado abrazo, a Hazel Javert, no oía nada más que el rumor sordo de la ballenas rodeando el barco. No veía nada.

Oyéronse gritos, confusión de voces… Y el «Groenland» escoró de banda, cuando dos ballenas, pasaban sobre la muerta azul.

Las otras remolineaban alrededor, y los remeros esquimales trataban de alejarse, pero la atracción producida por los remolinos les hacía remar sin avanzar. Una lancha vacía salió disparada hacia lo alto, despedazada de un coletazo. Por espacio de horas no hubo más que hombres enloquecidos, tratando de salvarse de aquel aluvión de leviatanes del mar que sin instinto agresivo, sólo con la única fuerza de sus evoluciones, iban causando destrozos.

La noche pasó brevemente, porque las zambullidas y emersiones de los cetáceos mantuvieron forcejeando constantemente a todos.

El «Groenland» no era ya más que un destrozado madero, roto en jirones, hundiéndose por partes, y dando fe de la colosal fuerza de los cetáceos, que, ya una vez desprendida la muerta, ballena azul, se alejaron como naves victoriosas, empujando entre ellas, con la propia corriente de su avance, a la ballena azul sin vida.

Un lívido y gris amanecer fue blanqueando el mar. Divisábanse a lo lejos blancas montañas deslizándose: los *icebergs*.

El círculo ártico estaba próximo. El frío era agudo. Sobre el mar

gris, veíanse tres puntos negros. Tres lanchas.

En una iban a merced de la deriva y fuerte corriente que empujaba más hacia el Norte, los esquimales y el capitán Javert.

En otra, Gardini, Norton, Frosby y Mortimer.

En la tercera, Stork y Hazel Javert, que dormía envuelta, en mantas. Gritó de pronto el capitán Javert.

—¡Allí!

Sobre un madero, abrazado a él, floraba Jerry Palmer. Debía estar congelado de cuello para abajo, porque sus rasgos faciales tenían un intenso color azul.

—¡Remad! —ordeñó Javert—. ¡Hay que recoger a este hombre!

La corriente empujaba a las tres lanchas en grupo conjunto. Los esquimales, después de remar, por espacio de unos minutos, recogieron del agua al inerte Palmer.

Apenas quedó tendido en el fondo de la lancha, Javert desnudó al luchador, y, valiéndose de una piel granulada del gorro de un esquimal, empezó a friccionar vigorosamente el cuerpo del luchador, hasta que fue adquiriendo una tonalidad rojiza.

Cuando ya Palmer abrió los ojos, Javert ordenó que entre las tres lanchas se tendieran cables, para, unidas, dejarse llevar por la deriva hasta tierra.

Despertóse Hazel Javert, con expresión pasmada, de horror, como si las dos recientes escenas consecutivas hubiesen agotado su resistencia. Stanley Stork intentó bromear:

—Estoy pensando en que mi cuñada no dejó tranquilo a mi hermano, hasta que éste no le compró una nevera. Y ahora yo daría lo que no tengo por estar sentado sobre un hornillo de carbón.

Javert, en su lancha, tenía un aspecto sombrío. Su presagio, al ver la gaviota, había sido cierto. Las calamidades se habían abatido sobre la nave, que ahora era un montón de restos en la tumba del fondo del mar.

Creía ver en ello un castigo a su venta: la venta de su conciencia. Lentamente la tierra helada iba acercándose…

CAPÍTULO VIII

LA FUERZA PRIMITIVA

La triple lancha, formando un solo grupo compacto, fue rozando los acantilados helados, hasta que por fin se inmovilizó entre dos bancos.

Saltaron Javert y los esquimales, uno de los cuales empezó a hablar apresuradamente, dando los demás cabezadas de aprobación.

Javert miró de soslayo a Mark Norton, y, después, dijo:

—Es posible, como aseguráis, que este hombre pálido y enfermizo tenga la «kabloona», y es mejor alejarse. Vosotros, volved a vuestro poblado. Os llevaréis a este hombre —y señaló a Jerry Palmer, que no podía moverse—. Sabréis curarle y devolverle la vida a sus miembros congelados. Sólo vosotros podréis curarlo. Os acompañarán Frosby y mi grumete. Velaréis también por mi hermana, a la cual os encomiendo deis hospitalidad, hasta mi regreso.

Los esquimales, con sus cuchillos, fueron cortando el casco de una lancha, para ir confeccionándose raquetas, esquíes y unas parihuelas donde transportar a Jerry Palmer.

Stanley Stork se acercó al otro banco donde estaban reunidos Javert, Gardini y Norton.

—Dicen los esquimales que usted da el mal de ojo, Norton, Y por ahora les doy crédito. ¡Malhaya el día en que me dejé tentar! Me he quedado sin barco y sin marineros.

—Pronto será usted resarcido, capitán, y con creces. Yendo hacia el Oeste, llegaremos a una mina, y nosotros cuatro conseguiremos un material de poco peso, que supone millones. Usted que sabe

orientarse, podrá llevamos a la ribera del Ropkoa, donde está la mina de Burnt. Habrá que evitar todo posible encuentra con Policías Montadas, o con el Fuerte Simons.

—Encargaré a los esquimales, que son muy diestros en esto, que nos construyan esquíes y raquetas.

Hazel Javert interpeló a su hermano:

—¿Qué vamos a hacer, Ernest?

—Irás con los esquimales hasta su poblado, donde me esperarás. Nosotros iremos en busca de otra nave.

—Yo no quiero separarme de ti, Ernest.

—Constituirías un estorbo ahora, niña.

—¿Por qué he de ir al poblado esquimal? Lo natural sería que buscáramos un puesto de Policía Montada.

—Distan mucho. Obedece, niña. Regresaré pronto. Verás como Stanley Stork está de acuerdo en que es lo más prudente.

—En efecto —afirmó Stork, que se había acercado—. Ni un instante lo dude, Hazel.

Y ella partió con los esquimales hacia el Sur. Frosby y otros dos llevaban las parihuelas en que estaba tendido Jerry Palmer, mientras Melvyn Mortimer iba trabando amistad con Hazel Javert.

A solas con Norton, Gardini y el capitán Javert, Stanley Stork manifestó:

—No me gusta avanzar a ciegas. ¿Puede saberse por qué no regresamos a un sitio civilizado y nos buscamos otra ocasión de hacernos ricos y pronto, que es mi mayor ambición?

Distribuyó Javert las cantimploras y las latas de carne, Mark Norton estaba sentado sobre, la borda de una de las lanchas.

—En la mina de Burnt, de la que es propietario Kent Stribling, mi suegro, el mineral que se extrae aparentemente y en abundancia es hierro. Pero se han encontrado vetas de uranio, que se están explotando en el mayor secreto. Es preciso socavar cientos de metros y explorar miles de toneladas de mineral de hierro hasta hallar una ínfima partícula de uranio. Pero cada gramo lo tengo adquirido en un millón de dólares. Por lo tanto, nuestra fortuna se halla en Burnt Creek.

—Si es tan fácil conseguir apoderarse del uranio, ¿para qué nos necesita? —arguyó Stork, y Gardini asintió dándole la razón.

—Kent Stribling trabaja con su hijo, explotando sus propias

minas. Adora a su hijo. Y raptándolo, estoy cierto de que Kent Stribling no titubeará en entregarme el uranio conseguido hasta ahora.

—Usted es un especialista en cuestiones familiares, ¿no? —comentó César Gardini, con una risita desagradable—. Y tenga presente que los Stribling sabrán ya que usted huyó. No querrán seguramente correr la misma suerte que la difunta señora Norton y su hijo. Se habrán hecho rodear por una nube de policías.

Javert intervino, secamente:

—Todo esto es, apartarse de la cuestión. Yo me comprometí a sacar de los Estados Unidos a este hombre. He cumplido, y quiero el millón prometido. No tengo nada que ver con minas, ni quiero tomar parte en otro delito. Por lo tanto, lo que se impone es acompañar a Norton hasta el lugar donde tiene sus millones, Me darán el mío, y nos separaremos.

—Hay otros dos votos a tener en cuenta —dijo Norton—. Ninguno de nosotros tiene armas, y sólo impera ahora la fuerza primitiva de los puños, de la que me excluyo. Ustedes dos, Gardini y Stork, opinen. ¿Están de acuerdo con el capitán, o conmigo?

César Gardini, manifestó:

—Yo soy jugador, y casi prefiero diez volando, que uno en la mano. ¿Y tú, Stork?

—Acorde con el ambiente, hay que estudiar fríamente la situación. Y hay muchos puntos muy poco claros. Asaltar una mina es absurdo. Pretender huir, una vez estén tras nosotros las chaquetas rojas, más absurdo todavía.



La enfiló de través cuando el dorso del animal…

—Yo no propongo más que raptar al hijo de Kent Stribling.

—Pero tenemos que llegar hasta Burnt Creek.

—Esto no es difícil. Son bien acogidos los blancos que quieren substituir a los perezosos esquimales en las galerías de mineral. Y ahora comprenderá por qué les necesito. Yo no puedo acercarme a la mina, porque sería reconocido. Gardini corre el mismo riesgo, si

le han identificado como el que me facilitó la fuga, cosa más que probable. Por lo tanto, usted, Stork, es el que puede apoderarse del hijo de Stribling. Y lo traería, donde los otros esperásemos. Hay muchas cabañas de cazadores peleteros por las riberas del Kopkoa.

El capitán Javert avanzó un paso:

—No cuenten conmigo para esta gran hazaña. Esto va a resolverse como debe hacerse aquí. Usted, Norton, me tiene que pagar, y su cómplice Gardini me garantizó el millón. ¡No estoy dispuesto a seguir adelante! Usted va a venir conmigo de buen grado o a la fuerza, pero me va a pagar mí barco hundido y mis hombres muertos.

Se interpuso Stanley Stork, tratando de apaciguarle:

—¿Quiere escuchar mi proposición, capitán Javert?

—No hay más tiempo que perder en argumentaciones.

—Entonces, me abstengo —dijo Stork—. Yo estoy de acuerdo en ir a la mina…, y si usted, capitán, regresase al poblado esquimal, yo le prometo que…

—¡Cállese! Usted está alucinado por los millones del uranio, y es ya cómplice de estos dos.

—No resolveremos nada peleando, capitán.

César Gardini había hecho retroceder a Norton, y, crispados los puños, arguyo:

—Usted viene ahora con nosotros, o se larga, Javert. Es absurdo discutir ahora. No podemos correr el riesgo de ir a Islandia, con esta lancha. Y si no le gusta, tiene que olvidarse de que es capitán de mar. Estamos en tierra, y quien manda soy yo.

Stanley Stork se interpuso entre los dos hombres, que parecían dispuestos a atacarse. Dijo, secamente.

—Nadie manda aquí, sino el sentido común. Usted, Javert, no nos puede obligar a navegar en una lancha hasta Islandia, ni tampoco tú, Gardini, puedes obligar a Javert a venir con nosotros. La realidad es ésta, Javert. Si usted quiere cobrar su participación en la fuga de Norton, ha de seguirnos, y si no quiere, quédese donde quiera, y púdrase. Vamos, Norton, que hay mucho camino que recorrer.

La autoridad del agente federal hizo efecto en Javert, que, sombríamente, se calzó las raquetas.

Levantóse una cellisca que hacía revolotear copos de nieve,

mientras los cuatro hombres, uno tras otro, pugnaban al avanzar contra el ventisquero.

Anduvieron todo el día, y al caer la noche llegaron a una choza que servía para provisional alojamiento de los tramperos.

Era confortable y tenía amontonados grandes leños que hicieron arder en el hoyo central. Gardini, comentó:

—Ni usted ni yo podemos ser vistos en las inmediaciones de la mina, Norton. Y tal vez Javert inspirase sospechas. Por lo tanto, sólo queda Stork libre de acción.

—Hallaremos alguna otra choza donde espiar el regreso de Stork —manifestó Norton—. Y será fácil para él atraer al hijo de Stribling. Después, ya vendrá Kent Stribling con el uranio. Es sencillo.

—Para usted —replicó Stork—. Tenga presente que nos podemos tropezar con algún patrullero de la Montada, y resultaría difícil explicar qué hacemos por esta comarca.

—Esto es lo de menos. Lo difícil será poder atraer al hijo de Stribling hacia donde estemos nosotros esperando —manifestó Gardini—. Allí no podrás emplear la fuerza primitiva, Stork.

—Recuerda que cuando luchábamos sabía yo emplear esto que llaman cerebro, Gardini. Bien; ahora nos conviene dormir para recuperar fuerzas.

AI día siguiente, hacia las once, llegaban a una loma, desde la que apercibieron el serpenteo del Kopkoa. Divisábanse las factorías mineras, las chimeneas, las vagonetas y raíles, y todo alrededor, los montículos de mineral despreciado.

—Allí… —señaló Gardini—. Te esperaremos allí, Stork.

No era propiamente una choza, sino un refugio para pescadores de salmón, especie que abundaba en el Kopkoa. Stanley Stork agitó la mano diciendo:

—Pronto estaré con vosotros, acompañando al hijo de Stribling.

Se alejó, ladera abajo. Ya en la cabaña de pescadores, una sonrisa maligna distendió los delgados labios de Mark Norton, al oír la pregunta de Javert:

—¿Y si fracasa Stork?

—No fracasará. ¿Verdad, Gardini?

El luchador estaba cogiendo leños, que tiraba al hogar. De pronto, se volvió y el leño abatióse contra la frente de Javert, que no pudo hacer nada para repeler la agresión.

Cayó al suelo pesadamente, y César Gardini sentóse encima de él, para irle amordazando y atando lenta y sólidamente.

Fue a sentarse ante Norton, cuando hubo tendido a Javert en un camastro del compartimiento vecino.

—Era mucha coincidencia la presencia de Stork a bordo —dijo.

Mark Norton replicó:

—Lo que más me hizo desconfiar fue la presteza con la que se prestó a ir a capturar al hijo de Stribling. Otro cualquiera se hubiera negado, ya que mí afirmación de la existencia de uranio en Burnt Creek es un secreto. Sólo lo sabemos Stribling, yo… y el
F. B. I.

—Lo que me desconcertaba era por qué no nos detenía, o avisaba a la Policía Montada.

—Lo que quiere el
F. B. I.
, es saber a quién pienso vender el uranio, por si actúo con cómplices en los Estados. Stanley Stork nos facilitará la tarea, que, sin él, hubiese resultado más complicada. ¿Está seguro que esta noche, mientras él dormía, volvió usted a colocar en el mismo bolsillo su carnet del
F. B. I.
?

—Del todo. Stork está convencido que nos lleva engañados. Confía mucho en su cerebro. En cuanto a Javert, tuve que dejarle fuera de combate, porque era ya un estorbo. Ahora, me estoy imaginando la escena. Stork llega ahí, enseña su carnet, invita al hijo de Stribling, nos dan un paquete convenientemente aislado para evitar la radioactividad, y entonces viene con nosotros hasta que le conduzcamos a los adquirentes, para clamar su triunfo, haciéndonos rodear por la policía. Ya sabía yo que este Stork no era trigo limpio.

* * *

En la mina Burnt, un agente de la Policía Montada alzó la mano al cruzar Stork el umbral de las dependencias destinadas a oficinas.

—Hola, amigo. ¿Quién es usted y de dónde viene?

—

F. B. I.
Éste es mi carnet. Pueden radiar al puesto central para cerciorarse de quién soy.

Diez minutos después Stanley era introducido en un despacho, donde Kent Stribling y su hijo le esperaban, ya impuestos de la misión, que llevaba.

Explicóse el agente:

—Coloquen lingotes en una caja blindada, y usted, señor Stribling, aparezca, con ellos, después que yo y su hijo nos hayamos entrevistado con Norton.

—Es peligroso. Norton es un execrable asesino, malvado y sin escrúpulos.

—Ahora sólo está alucinado con el uranio. Y, como comprenderá, sabré yo evitar que a ustedes dos les suceda daño alguno.

—Puede darse cuenta que no es uranio… Ha hecho estudios sobre este mineral desde que se casó con mi pobre hija. ¿De tanta importancia es averiguar a quién tiene que entregar este mineral?

—Lo es. Existe la sospecha de que es un consorcio americano, que ya en vida de su hija le ofreció a Norton una fabulosa cantidad si lograba apoderarle del uranio.

—Yo creo, padre, que el señor agente tiene razón. No hay peligro, por cuanto Estará él atento a las posibles reacciones de Norton.

Kent Stribling hablaba con entonación penosa, evocando:

—Las reacciones de Mark Norton no son previsibles. Su horrible crimen que fue, para médicos inclusive, inexplicable, lo conceptué yo como su atroz reacción al negarme yo a darle participación en los trabajos de esta mina. El
F. B. I.
me rogó no hiciera pública esta declaración, y acepté callarme. No quisiera verme frente a este execrable ser, porque no respondo de mí, y comprendo que debo dominarme y, en interés de nuestra patria, aceptar ahora también un papel pasivo.

—No será preciso que venga usted personalmente. Norton lo que quiere es el uranio, y bastará enviar a alguien con el paquete.

—Me temo que si se da cuenta que no es uranio pueda ejercer alguna violencia sobre mi hijo.

—Estaré yo para evitarlo —afirmó Stork.

Kent Stribling miró las anchas espaldas y el rostro enérgico del ex luchador, y asintió:

—Creo que puedo confiar en su espíritu vigilante y combativo. Pero recuerde, sobre todo, que Mark Norton es traicionero y oculta bajo su aparente indolencia una fuerza nerviosa sorprendente.

Fuera de la factoría, Stanley Stork indicó:

—Deberé ahora atarle las muñecas a la espalda, señor Stribling. ¿Confía usted en mí?

—Plenamente. Y es preferible que vaya yo atado, o, de lo contrario, saltaría al cuello del asesino de mi hermana.

—Descuide, que esta vez Norton irá a la silla eléctrica, porque podré demostrar que todos sus pasos últimos no han sido, ni mucho menos, los de un loco.

En la cabaña, a través de una ventana, comentó Gardini:

—Vienen ya. Es buen comediante este maldito Stork. Entonces, el plan está ya claro, Norton. Como vigilará mis movimientos, usted, a la primera ocasión, fingiendo echar leños al fuego, dele fuerte en la cabeza. Nos llevaremos al joven Stribling lejos de aquí, y entonces, el propio viejo Stribling nos entregará el uranio donde digamos.

Entró poco después Stork, empujando delante de él a Jack Stribling, cuya mirada de odio hacia Norton no tenía nada de fingida.

—Eres un hacha, Stork. Te felicito —dijo Gardini—. ¿Hubo dificultades?

Mark Norton estaba junto al hogar. Cogía, leños que arrojaba lentamente al fuego.

Stanley Stork sonrió:

—¿Por qué había de haber dificultades? Me bastó enseñar mi carnet. Sólo eso: enseñar mi carnet.

Parpadeó Gardini:

—¿Qué carnet?

Mark Norton dejó de arrojar leños al fuego, enderezándose.

—Voy a poner mis cartas boca arriba. A mí me enviaron de Detroit para seguiros los pasos. Tenía que averiguar qué se proponía Norton. Y mi intención era cazaros. Pero ignoraba que se trataba de un asunto de cien millones. Entre nosotros tres representan treinta y

tres millones para mí, a millón por año que tengo, y nunca en mi vida podré ganar, esta suma. O sea, que por última vez, he sido agente del
F. B. I.
ante el viejo Stribling, y por eso he podido traer al hijo con tanta facilidad. Ahora, escapemos, y llegaremos donde queramos, puesto que soy agente del
F. B. I.
¿Qué te creías, Gardini? ¿Que sólo ganaba la fuerza primitiva? Hoy es el cerebro el que impera. ¡Ponle la mordaza a este muchacho, porque va a insultarme! Y si nos detiene la Montada, me bastará con enseñar mi carnet.

CAPÍTULO IX

LA TORMENTA

Mark Norton soltó el leño, frotándose las manos. Gardini amordazaba al atónito y furioso Jack Stribling.

—¿Qué pasó con Javert? —preguntó Stork.

—Tuve que dejarle fuera de combate. Se ponía molesto. Te felicito, Stork, porque me has dejado boquiabierto.

—Son treinta y tres millones, amigo. Y que no fallan. Sí no me crees, echa una ojeada a esto.

Y Stanley Stork sacó del bolsillo superior de su chaquetón el carnet especial que iba metido en una funda impermeable.

Lo arrojó encima de la mesa, y Mark Norton y Gardini fingieron verlo por vez primera.

—Indudablemente su decisión nos es de gran utilidad, Stork. Podemos, ponernos en camino. Si encuentran aquí a Javert, lo atribuirán a que usted le dejó prisionero. Usted mismo, Stork, hágase cargo del joven Stribling…

—Un momento —intervino Gardini—. Es mucho mejor que Stork regrese y le diga al viejo Stribling que le entregue el uranio para alucinarle a usted, Norton.

—No. Nuestra proximidad a la mina es peligrosa. El viejo Stribling es testarudo, y ya me lo demostró una vez. El plan de Stork es el mejor. Nos vamos. Y en sitio seguro podré dictarle mi voluntad a Kent Stribling.

—¿Por qué no nos dijiste antes que eras del

F. B. I.

?

—Quería cerciorarme si esto del uranio era verdad, y si el viejo Stribling quería tanto a su hijo como pretendía Norton. Ahora ya me he convencido de que mi fortuna está en unir mi suerte a la vuestra. No hay ser humano que se resista a la tentación de treinta y tres millones.

—Cierto —replicó Norton. Salió de la cabaña seguido por Gardini.

Stanley Stork asió por las cuerdas que ataban sus muñecas a Jack Stribling, y mientras lo levantaba, murmuró:

—Al mostrar mi carnet en la mina noté que lo habían sacado de su funda. En la boca de la funda hay un hilo tenue, y estaba roto. Por lo tanto, ellos dos sabían ya que yo era del
F. B. I.
No lo podía decir a su padre, porque se hubiese negado a que usted viniera. No tema nada.

Veinte pasos delante de ellos dos, caminaban juntos Gardini y Norton, deslizándose con sus raquetas por el blanco suelo.

—Buen golpe de sorpresa nos reservaba Stork —comentó Gardini.

—Nadie resiste a la atracción de los millones.

Avanzó Stork, que empujaba al maniatado Stribling:

—¿Dónde vamos, Norton?

—Al lugar donde dejamos las lanchas. Las necesitaremos. Nos adelantamos, Stork. En la cabaña donde dormimos descansaremos.

Media hora después, atravesando un bosque de abetos, Stanley Stork se detuvo paralizado por el estupor. No quería creer lo que estaba viendo.

Un esquimal apoyaba en su costado una lanza, mientras Hazel Javert, empuñando una pistola encañonada contra él, le cerraba el paso.

—¿Dónde está mi hermano, Stork? —preguntó ella duramente.

—¿Cómo… cómo ha llegado usted hasta aquí?

—Desde el principio del viaje noté algo raro. No quise ir al poblado esquimal, y le expliqué a Slokob, este amigo del capitán Javert, que sospechaba de ustedes. Es un buen rastreador, y seguimos desde lejos sus huellas. He visto pasar a Gardini y al llamado Stevens, y ahora usted con un hombre atado y amordazado. ¿Dónde está mi hermano? ¡No se mueva!

—Escuche, Hazel… Yo soy del
F. B. I.
Sería largo de explicar, pero este mismo aparente prisionero me dará la razón.

Jack Stribling sintió, con una cabezada, pero ella repitió:

—¿Dónde está mi hermano?

—Quedó en una cabaña de pescadores de salmón, cerca de la mina. Gardini le golpeó estando yo ausente.

El esquimal emitió un gemido repentino, cuando sobre él se abatió la mole forzuda de César Gardini.

Mark Norton, surgiendo de detrás de un árbol, enlazó por la cintura a Hazel Javert, levantándole el brazo armado y retorciéndole la muñeca hasta que ella dejó caer su alma.

Se abalanzó Stork para empujar a Norton, diciendo:

—¡No maltrate a esta muchacha!…

César Gardini, que había soltado ya al esquimal Slokob, tras lanzarlo contra, el tronco de un árbol, se agachó para recoger la pistola caída de manos de Hazel Javert.

Mark Norton, al empujón, retrocedió unos pasos, César Gardini agitó su pistola, diciendo:

—Esta mujer estorba, Stork. No podemos viajar con Stribling y ella. Lo mejor será quitarla de en medio…

—Baja la herramienta, Gardini. No es preciso matarla. Puede ir en busca de su hermano.

—Y avisará a la Montada.

—No, porque es su conveniencia saber que el capitán Javert está acusado de complicidad en la evasión de Norton, y cuanto más lo aparte de toda cercanía policíaca, mejor. Váyase, Hazel, hacia la mina Burnt, y en la cabaña de pescadores de salmón encontrará a su hermano.

Iba elevándose un silbido lento, de aguda estridencia, En el suelo, el esquimal Slokob sabía que iba muriéndose, rota la espina dorsal…

Reptando, murmuró:

—Los Diablos del Ártico van a venir…

—Se refiere a la tormenta que se avecina —declaró Stork—. Siga mi consejo, Hazel, y váyase a decirle a su hermano que huya lejos, antes que la policía lo aprese. ¡Apresúrese, Norton, antes de que nos

coja la tormenta por el camino!

Una ráfaga de viento repentino, primer embate de la tormenta, arrojó a Hazel Javert contra Stanley Stork.

Mark Norton abatió con todas sus fuerzas el palo que le servía para facilitar su andar con las raquetas, sobre el cráneo de Stanley Stork. Mientras caía el agente brutalmente golpeado por sorpresa, Mark Norton apremió a Gardini:

—¡Ate a este hombre! —Y a la vez, cogiendo los brazos de Hazel Javert, los atrajo hacia atrás, atándole las muñecas.

César Gardini, arrodillado, iba rodeando las muñecas de Stork con las correas de las raquetas. Preguntó:

—¿Qué sucede, Norton?

Norton corrió tras Stribling, que intentaba huir, y con nerviosa fuerza lo condujo junto a la horrorizada Hazel Javert, enlazando a ambos sus muñecas entre sí.

—Stork pretendía de nuevo engañarnos. Cuando ella apareció, Stork dijo que era del
F. B. I.
, y que su prisionero lo confirmaría. Stribling hubiese denegado, si no estuviera de acuerdo con Stork, y en cambio asintió vigorosamente con la cabeza. La tormenta va a arreciar, Gardini. Regresaremos al punto de partida, y vamos a jugamos el todo por el todo. Si el viejo Stribling no acude con el uranio, mataré a su hijo. Hágase usted cargo de Stork, y llévelo hacia la cabaña. Yo llevaré a estos dos. Apresúrese.

Inclinados los cuerpos para vencer el viento creciente, fueron avanzando. Aun semiinconsciente, Stanley Stork avanzaba a tropezones empujado por Gardini.

Mark Norton, pistola en mano, afirmó:

—Anden sin reticencias, o mataré al primero qué se resista.

Todo el horizonte era un blanco sudario con remolinos de nieve, que el viento hacía gemir en torbellinos locos.

Pronto se divisó la cinta azul del Kopkoa. E instantes después, Gardini aseguraba contra los troncos que formaban uno de los tabiques, a los tres prisioneros, mientras Norton después, de comprobar que Ernest Javert seguía sólidamente atado al camastro, fue a arrojar leños al fuego del gran hoyo-hogar, que despidió pronto llamaradas.

Fuera, el ventisquero arreciaba, llenando de lúgubres gemidos todos los contornos helados.

Stanley Stork contempló sin rencor la mirada apenada que le dirigía Hazel Javert. Mark Norton dejó la pistola sobre la mesa, y dijo:

—Usted, Stork, va a ir a visitar al viejo Stribling. No, no lo diga, Gardini. No diga que estoy loco… Irá Stork y si regresa con policías o pretende un nuevo engaño, sabrá que con ello firmará la muerte de Jack Stribling y Hazel Javert. Si usted tiene miedo, Gardini, está a tiempo de huir y esperarme en Reykjavík, donde le entregaré la mitad de los ocho millones. Pero si quiere ganarse los cincuenta millones del uranio, quédese aquí. Le garantizo que el sentimiento paternal de Kent Stribling esta vez no fallará, y, por otra parte, el sentimiento amoroso que claramente apercibo en Stanley Stork hacia la hermana de Javert le hará comprender que no podría seguir viviendo con la conciencia de ser el autor indirecto de su muerte.

—¿Y si Kent Stribling se niega? Entonces Stork vendrá armado, y con otros polizontes, rodeando esta choza, de donde no podremos escapar. Además, dejarle libre a él es sumamente peligroso. Es capaz de no ir siquiera a ver al viejo Stribling, sino intentar quitarnos de en medio a los dos, y lo lograría.

—No hay fuerza bruta que valga ahora, Gardini. Desate a Stork.

—Desatar a Stork no lo hago yo. Usted no le ha visto luchar, Norton. Es un energúmeno.

—Aplacará su furor combativo el saber que la primera intentona de violencia supondrá un cargador de plomo dentro del bello cuerpo de Hazel Javert.

—Con la tormenta podremos huir, si torpemente Stork quiere asesinar a Hazel Javert. Pero nuestro último recurso de triunfar es actuar así y ahora mismo. Nos favorecen los elementos.

—Reflexione, Norton, antes de decidirse. Es jugar con pólvora.

—Hay cien millones como puesta en juego de esta gran partida. Y esta pistola impone su ley. ¿Qué opina, Stork?

—¡Para usted el uranio y los cien millones! En lo que de mí dependa, no quiero ser responsable de otras muertes. Pero, cuando regrese con Kent Stribling, ¿quién me garantiza el cumplimiento por su parte, Norton?

—Olvide su proyecto, Norton, porque este hombre volverá a intentar engañamos. Yo iré a la mina. Puedo correr este riesgo, ya que la vida del joven Stribling garantiza la mía.

—Si va usted, la Policía Montada le seguirá los pasos.

—¡Yo no quiero exponerme a dejar libre a este hombre!

—Pónganse de acuerdo —rió Stork—. Dicen que cuando la tormenta sopla por el Ártico, el espíritu demoníaco acomete a los seres humanos. Tiene razón, Norton. La única posibilidad…

Una violenta ráfaga de viento hizo crujir el marco de una ventana, y las bisagras cedieron. Entró por la abierta cristalera una bocanada de viento y entre los silbidos de la tormenta se oyó un estridente aullido de muerte…

César Gardini trataba de asir en su pecho el mango de la lanza cuyo triple diente habíase clavado en su carne.

Slokob, en las angustias de la agonía, había ido arrastrándose por el suelo, siguiéndoles las huellas.

Y ahora, en su postrer gesto vital, volvía a caer, muerto, después de erguirse, y en vengativo esfuerzo último, lanzar su arma contra el autor de su muerte.

César Gardini dio un traspiés, y su alto cuerpo se tambaleó. De pronto Hazel Javert cerró los ojos, estremecida de horror.

Gardini, perdiendo el equilibrio, cayó de bruces en el hoyo de fuego, y un denso olor a carne quemada invadió la cabaña.

Lívido, temblando le los dientes, Mark Norton se puso en pie, preso de un ataque de nervios. La brutal y repentina muerte de Gardini produjo en su cerebro una conmoción.

Su pistola, fue apuntando sucesivamente a los tres prisioneros. Luz de muerte abrillantaba sus pupilas enloquecidas…

Por la abierta ventana seguía entrando el helado soplo tormentoso. Distendióse repentinamente Stork, que quedó suspendido por los brazos doblados hacia atrás de sus ligaduras contra una argolla, y sus piernas dibujaron en el aire un doble golpe.

Alcanzado en el estómago y en el pecho, Mark Norton cayó hacia atrás. La pistola, saltó por los aires, y fue a caer junto a la hoguera que desparramaba su calor surgiendo del hoyo central.

Pugnó Stork por liberarse, pero pese a toda su musculatura, le era imposible destrabarse.

Mark Norton iba recuperándose, y a gatas se dirigía hacia el lugar en que yacía la pistola.

Con el pie pegó Stork un punterazo a un escabel cercano, dirigiéndolo hacia Norton. El taburete pasó rozando la cabeza del loco…

Las contorsiones a que Stork sometía su cuerpo dieron resultado por fin. Sintió cómo su dolorido brazo izquierdo quedaba más aflojado, y frenéticamente persistió.

La mano de Norton rozaba ya la pistola, cuando Stork quedó libre, y en salto felino cayó sobre sus espaldas, para introducirle las dos manos bajo los sobacos y levantarlo en vilo cogido en la presa «Nelson», apoyadas las manos sobre la nuca de Norton.

Miró Stork en rededor, viendo colgado de un tabique los bramantes de pescador. Mantuvo cogido con un brazo a su prisionero, que en vano trataba de zafarse.

Se acercó a los bramantes, y con ellos fue formando lazada que pasó bajo los sobacos de Norton, terminando en nudo doble y en largo remate.

Subió sobre la mesa, arrojando el final de la soga alrededor de una traviesa del techo. Fue anudando, y Mark Norton quedó suspendido sobre la hoguera.

Bajó de la mesa, y procedió a desatar a Hazel Javert.

—Vaya al lado de su hermano. Sufre de remordimientos. Es humano que haya sucumbido a la oferta de un millón. Dígale que si no quiere convertirse en un proscripto, yo lo arreglaré. Váyase… Y espere en el cuarto de al lado.

—Gracias, Stanley —y rígida, desapareció ella en la vecina habitación.

Quitó Stork las ligaduras y mordaza de Jack Stribling. Dijo:

—Si tiene el estómago delicado, espere fuera.

Sin mirar si lo hacía o no caso el joven, Stork se acercó al colgante Norton, que encogía las piernas, porque sentía en las plantas de los pies la lamedura quemante del fuego.

—Óigame bien, Norton. Usted es un ser maligno, que mató a dos seres inocentes, sacrificándoles a su loca ambición. Necesito saber qué consorcio iba a pagarle los cien millones por el uranio. Hasta ahora he dominado mi deseo de destrozarle. Se acabaron las contemplaciones. ¿Qué consorcio le iba a pagar?

Mark Norton negó violentamente con sacudidas de cabeza.

Stanley Stork cogió de la pared un cuchillo que servía a los pescadores para desescamar el pescado.

—Aúlla fuera la tormenta, que convierte en diablos a los seres humanos, Norton. Usted me dirá lo que quiero saber… ¿No? Escuche, me inspira usted sentimientos de verdugo refinado. Iré cortando las fibras de la soga que le sostiene, y usted caerá en el infierno que se abre a sus pies…

—Usted… usted no hará tal atrocidad —dijo sudoroso Norton, cuyas rodillas tocaban ya su estómago, en postura forzada.

—Lo mismo habría dicho el niño si hubiese podido hablar. Ahora está usted muy lúcido, Norton. ¿Habla?

Volvió a denegar Norton, mirando atemorizado hacia abajo. Stork subió sobre la mesa, y su cuchillo se fue acercando a la soga, unos centímetros más arriba del cabello de Norton.

Cortó una fibra y una sacudida hizo descender unos milímetros a Norton, que aulló:

—¡Demonio asesino!

—Eso eres tú, Norton. Y vas a ir donde corresponde —dijo Stork, asestando otro tajo a la cuerda.

A los oídos de Norton el crujido de la cuerda al ir cediendo bajo su peso, sonó a estrépito ensordecedor. Cerró los labios, crispando las mandíbulas.

Una llamarada crepitó bajo sus pies, y la cuerda cedió, lanzando Norton un feroz grito de terror… Perdió el sentido, sin darse cuenta que abrazándole Stork impidió que cayera a la fogata.

Lo dejó en el suelo cerca de la hoguera. Mark Norton, con rechinar de dientes, echando espuma sanguinolenta por la boca, empezó a delirar… Murmuró atroces amenazas, frases sin tino, y por fin, entre otras incoherencias dijo lo que tanto trabajo y riesgo le había valido al agente federal:

—… vosotros me tenéis que ayudar, ahora que estoy solo a merced de este verdugo… Es cómodo pagar desde vuestros despachos de Road Circle… Sabías lo difícil que era John Margens…

Y siguió divagando incesantemente, removiéndose en el suelo, mantenido por la diestra de Stork.

Jack Stribling que había estado presenciando la escena anterior,

dijo:

—John Margens tiene un banco en el Road Circle de Detroit…

—Bien. Ya terminé mi trabajo. Tengo que llevarme a este hombre. Stribling, e irá a la silla eléctrica esta vez. Pero usted me hará un favor.

—Lo que quiera.

—Declarará que gracias al capitán Javert, que me ayudó, interviniendo, pudimos salvarnos.

—Así lo haré. Ahora voy a reunirme con mi padre, que estará inquieto.

Terminaba Stork de atar a Norton, cuando vio junto a él los pies calzados en recias botas de Ernest Javert. Alzóse.

—¿Por qué tanto empeño en salvarme a mí, Stork? —preguntaba, el capitán, vendada la frente, y apoyándose en los hombros de su hermana.

—Bastante ha sufrido usted, Javert, sabiéndose en parte culpable de la muerte de los tripulantes del «Groenland». Y yo sé que usted tratará de vengar dichas muertes.

—¿Cómo?

—Enrolándose en el

F. B. I.

Su primer paso es sencillo, y también la mejor prueba de que confío en usted. Llévese a Norton y entréguelo en el puesto de la Policía Montada de la mina. Y… usted entréguese también prisionero.

—Sí, Stork. Lo haré.

—Tal como lo he dicho, sin otras iniciativas, como por ejemplo, tomarse justicia con Norton. También yo me he aguantado las ganas de hacerlo.

—Nos veremos en Detroit, niña —sonrió tristemente Javert—. Tú irás allá, y… he conocido a muchos hombres dignos de tal título, pero ninguno como Stanley Stork.

Salió, llevando al hombro a Norton. En la cabaña, a solas con Stork, dijo ella:

—Has sido muy bueno con nosotros, Stanley.

—Tal vez hubiese sido más duro con el capitán Javert… de no haber tenido él una hermana tan preciosa.

—No, porque tú eres insobornable.

—Luego discutiremos. Quédate aquí, esperándome.

—¿Dónde vas?

—Tengo confianza en tu hermano, pero por si acaso, prefiero cerciorarme de que servirá para agente del
F. B. I.

Entre los torbellinos de nieve y los gemidos del viento siguió Stork los pasos lejanos de Javert con su carga humana.

Y cuando le vio entrar en la dependencia de la mina, custodiada por las chaquetas rojas, regresó a la cabaña.

No habló, porque los brazos de Hazel Javert le rodearon el cuello, en presa cariñosa, y sus labios permanecieron juntos un largo instante.

—Estos skis para llegar pronto al poblado de Anekask. Hay allá otro náufrago.

—¿Quién?

—El buen bruto de Palmer, que se cree un feroz asesino. Pero ahora esperaremos a que termine la tormenta. Tengo prisa por estar en Detroit, aunque ahora… sé que habrá varios pequeños Stork por el mundo.

* * *

Jerry Palmer, sometido a frecuentes y extrañas fricciones por los esquimales, iba recuperando la elasticidad de sus miembros.

No se separaba de su lado el mestizo esquimal Frosby. Intimaban, aquellos dos caracteres semejantes, rudos, pero nobles.

Y cuando Palmer movió, sus piernas, haciendo flexiones, comprobó que había escapado a la mortal congelación que podía haberle paralizado, se sintió inclinado a confidencias:

—Terminaré mi vida aquí, entre estos enanos, Frosby.

Melvyn Mortimer, al grumete, en compañía de otros Esquimales, habíase ido hacia una factoría, para regresar a zonas menos heladas.

Frosby rió:

—Hombre, hablas como si estuvieras dispuesto a renunciar al mundo civilizado.

—Es que… tengo que confesarte algo.

—Desembucha, Jerry.

—Yo maté a un compañero en el *ring*. Y luego descalabré a varios espectadores al huir.

—Esto es un accidente. Le puede pasar a cualquiera. Mira, yo, una vez, en una pelea, en que intervinimos tres leñadores y cuatro marineros, acogoté a uno. Son accidentes sin maldad, Jerry. Como si dijéramos profesionales.

—Tú eres mi amigo, Frosby. ¿Cuál es tu nombre?

El corpulento esquimal carraspeó algo molesto:

—Me llamo… Clorindo… Fue un mal momento que tuvo el cura del poblado, cuando nací. Miró el calendario y, ¡maldita sea!, me quedé así con el tal nombrecito.

—No le hace, Frosby. Tú y yo somos buenos amigos…

Oyóse un griterío, y salieron ambos del iglú.

En medio de todos los esquimales de la tribu, sentados, y rodeados por fogatas, había dos esquimales en pie, torso desnudo.

Y Jerry Palmer también gritó entusiasmado al ver la ligereza acrobática con la que los dos esquimales, para entretener a los otros, se acometían, fingiendo el uno ser el oso blanco y el otro la foca.

Imitaban a la, perfección los movimientos, de ambos.

Cuando terminó el espectáculo en que intervinieron seis esquimales forzudos, Jerry Palmer estaba muy absorto en meditaciones.

De nuevo en el iglú, le dijo a su compañero:

—Frosby… Tengo, que decirte algo.

—Desembucha, Jerry.

—En un año, eres millonario.

—¿No? ¿Y eso cómo va a poder ser?

—Estos seis esquimales, bien entrenados y en gira por los Estados y Europa te darían millones, Lucha libre.

—Yo no entiendo de luchas.

—Yo sí. Pero… no puedo ir.

—¿Por qué no?

—Ya te confesé que había descalabrado a varios.

—¡Maldita sea!

Al amanecer siguiente, Jerry Palmer parpadeó cuando alguien le sacudía por el hombro.

—Despierta, Jerry. Soy yo, Stork. Me ha dicho Anekask que estás ya restablecido, y dispuesto a caminar.

—Depende.

—¿Cómo, depende?

—A Detroit yo no vuelvo, ni a los Estados.

—¿Por qué?

—Soy un asesino.

—Tú no mataste a nadie.

—Te agradezco el consuelo. Siempre fuiste un buen tipo.

—Podrás leer los periódicos. *Flash* Barker, tu muerto, está muy vivo, y sigue luchando. Y en cuanto a los silletazos, los distes contra una columna. Y el violinista Pinkerton, al que dejaste sin ropa, dijo que estando enloquecido como estabas, te agradeció que no lo matases… sin querer.

—¡Bravo! —grito Frosby levantándose de su tapiz de pieles—. ¡Ya podernos ser millonarios! Pero… ayudé a escapar a Norton. Estaba sin sentido, aunque en pie, Stork. Ya sabes…, ¿no? Estaba *groggy*.

—Esto lo sabrán comprender y más cuando diga yo que tú facilitaste la fuga de Norton porque le convenía al
F. B. I.

* * *

El doctor de la clínica de puericultura en Detroit sonrió a los dos hermanos Stork, que esperaban en la antesala:

—Bienvenido, señor Stork. Ha llegado usted oportunamente. Se están presentando ahora los primeros síntomas. Su hermano Stanley anticipó demasiado el ingreso de la señora Stork. Ahora procuren los dos moderar los nervios. Distráiganse en la espera, haciendo cualquier cosa. No fumen tanto… Escriban, por ejemplo, cartas atrasadas que tengan por contestar. Instálense cómodamente.

Stanley Stork se sentó tras la mesa, y miró las hojas de papel delante suyo. Le parecían trozos de hielo, pero sudaba.

Su hermano se pasó la mano por los cabellos, se arregló el nudo de la corbata, colocándoselo bajo una oreja, y quiso encender un cigarro habano.

Apretó entre los dientes la estilográfica, y rascó el papel con el puro.

Stanley gruñó:

—Menos nervios, ¡caramba! Todo va bien.

—Yo no soy del
F. B. I.
Más allá estaba la sala de partos. Pasaron unos minutos. Se oyó un grito agudo, con el que un nuevo ser anunciaba su dolor por llegar al mundo en el año 1951.
El médico, sonriente, asomó la cabeza por el umbral de la sala:
—¡Felicidades, señor Stork! Tiene ya una hija… ¡Y quedan más!
Desapareció. Stanley Stork palmeó la espalda de su hermano.
—Esto va bien. Por series, ¿eh? Calma, ¡caramba!
Diez minutos después el médico volvía a asomar la cabeza:
—Segunda hija, señor Stork. Perfectamente conformadas y muy vivaces.
El nuevo padre dejó oír un gorgoteo gozoso y murmuró:
—¡Stan! Tienes ya dos sobrinas… ¿Pero qué te pasa, hombre?
Stanley Stork se había desmayado.

* * *

Hazel Javert escuchó risueña las explicaciones de Stanley Stork, técnico ya en papillas, pesos y costumbres de mellizas. Afirmaba, que no había inteligencias más preclaras que las de sus dos sobrinas, añadiendo:
—Veremos si tú te portas bien también, Hazel. Bueno, no es preciso ruborizarse, ¡caramba! Fíjate si serán listas mis sobrinas, que cuando me ven agitan, los brazos y las piernas, y dicen algo parecido a «tío Stan».
—Pero hombre, si tienen solamente tres semanas.
—Ya, pero han salido muy listas como el tío. Oye, ¿has leído la prensa de hoy?
—Sí. Los «Diablos del Ártico», presentados por Jerry Palmer y Clark Frosby.
—Podemos ir a verles, ¿no? Tu hermano vendrá con nosotros.
Por la noche, el local del «Boxcatch» estaba rebosante. Iban a luchar los esquimales llamados los «Diablos del Ártico».
Cuando subió al *ring* Jerry Palmer, una tormenta de silbidos y cáscaras de cacahuetes invadió el cuadrilátero.
Sonriente, brazos en alto, Jerry Palmer saludaba a la afición. Cuando se hizo el silencio habló por el micrófono:

—Van a ver lo nunca visto. Voy a presentarles a seis hombres entrenados en luchas cuerpo a cuerpo con focas y osos.

—¡Se entrenaron contra ti, seguro! —gritó uno del público.

—Eso es —sonrió apacible Jerry Palmer.

Empezó el espectáculo, impresionante por su salvajismo natural. El periodista Derval escribió al día siguiente:

> «*Nosotros, los civilizados, les hemos ya enseñado a loe esquimales a ser unos diablos energúmenos*.
>
> »*Anoche el inefable Jerry Palmer, que ya no es más el inmundo traidor de los carteles, sino lo que es realmente, un buen bruto noblote, nos presentó sus "Diablos del Ártico". Algo soberbio, y que hará millonarios a los que los presentan*.
>
> »*Y ahora que contra las predicciones del sabio Einstein, que asegura que los científicos, a su pesar, están trabajando para la destrucción de este baqueteado mundo, se habla que la atómica y la hidrógeno no se emplearán en Corea, sino en los dos Polos, para convertirlos en cálidos y habitables; estamos de enhorabuena*.
>
> »*Tendremos frío en el África, hielo en el Ecuador y sol en los dos Polos. Y en Rusia y Siberia reinará una dulce y cordial primavera…*».

Los luchadores «Diablos del Ártico» no quieren ya ni pensar en regresar al Ártico. Jerry Palmer y Frosby están de acuerdo en que si la guerra estalla volverán al Ártico… si tienen tiempo de hacerlo.

Stanley Stork se prepara a ser padre, y ha aumentado en musculatura, desde que alternativamente cada una de sus dos sobrinas se sientan sobre uno de sus dos brazos, y le hablan en un lenguaje totalmente incomprensible, pero que por su costumbre en los cifrados, el agente del

F. B. I.

, interpreta y traduce de un modo halagador.

Fin



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.